/102

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo.*

D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas.*
D. José Perez, *idem.*

Catálogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La Flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Altez
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Monte-cresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EL PUENTE DE LUCHANA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

original de

D. JUAN JOSE NIEVA

Y

D. CAYETANO SURICALDAY.

Representada con aplauso en el teatro del Príncipe en la noche del 7 de Diciembre de 1854.



N.º 252.

MADRID:

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DEL OLIVO NÚM. 15.

1854.

AL EXCMO. SEÑOR

D. BALDOMERO ESPARTERO,

Duque de la Victoria y de Morella,
Conde de Luchana, etc., etc.

Escrito este drama á fines del año de 1853, nuestra idea fué siempre dedicárselo á V. E. como un tributo de reconocimiento por el grande hecho de armas que causára un dia la admiracion del mundo.

No habremos acertado á pintar la hazaña inmortal de Luchana: tenemos el convencimiento de que hay rasgos en la vida de los hombres y sucesos en la historia de las naciones, que ningun acento, que ninguna pluma puede describir.

Acepte V. E. sin embargo una obra, que si carece de mérito literario, que si no es digna del alto objeto á que se consagra, refleja al menos la verdadera espresion del afecto y del corazon de sus

AUTORES.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA.	D.ª María Rodriguez.
MARTA.	D.ª Lorenza Campos.
ANDRES.	D.ª Antonia Segura.
D.ⁿ DIMAS.	D. José Ortiz.
ANSELMO.	D. Enrique Arjona.
FERMIN.	D. Fernando Ossorio.
SANTIAGO.	D. José Garcia.
EDUARDO.	D. Victorino Tamayo.
OFICIAL 1.º	D. José Alisedo.
PADRE GABRIEL. . . .	D. Vicente Rodr.ᶻ Jordan
SOLDADO 1.º	D. Fernando Cuello.
OFICIAL 2.º	D. Atanasio Maré.
CAPITAN.	D. Mariano Serrano.
SARGENTO.	D. José Bullon.
TAMBOR.	D. Luis Cubas.
CABO DE LA REINA. .	D. Federico Utrera.
OFICIAL 3.º	D. Emilio Alvarez.
CABO DE D. CARLOS. .	D. Felipe Iglesias.

Oficiales y soldados de ambos ejércitos.—Pueblo.

ACTO PRIMERO.

Vista de un pintoresco valle en las Provincias Vascongadas; en el fondo una montaña practicable, varios caserios y una iglesia; á la derecha del público, la casa de Anselmo, con reja y una tapia que figura dar al corral; enfrente la choza de Fermin, y en ultimo término un árbol, á cuyo alrededor habrá un monton de leña para formar una hoguera y tambien varios bancos. Al levantarse el telon empieza á oscurecer y saldrán de dentro de la iglesia el sonido de un órgano y de cánticos religiosos.

ESCENA PRIMERA.

FERMIN.—*Luego* EDUARDO.

FERMIN. *(Saliendo con mucho misterio de la cabaña, acercándose á la puerta de la iglesia, y examinando si alguien le observa.)*
¡Para rato hay letanías!
¡Estas fiestas son eternas!
(Desde la puerta de la cabaña.)
Salga usté á estirar las piernas:
estamos libres de espias.

EDUARD. *(Saliendo.)*
¿Nadie nos acecha?

FERMIN. ¿Quién
ha de tener la aprension...?
Nadie deja la funcion
sin dar el último amen.

EDUARD. Pero si pasa cualquiera...

FERMIN. ¿Qué nos importa? Si pasa,
cerca tenemos la casa:
¡raton, á tu ratonera!
Próxima la noche está

y nos presta su favor.
¡Al infierno el mal humor!
¡Tiempo es de esparcirse ya!
(Despues de un momento de pausa.)
¿Qué le inquieta á usted?

EDUARD. Que en tanto
que aqui permanezco inerte
reina en Bilbao la muerte!
En tórno del pendon santo
de Isabel y libertad,
á las balas homicidas
esponen sus nobles vidas,
ganan la inmortalidad!
¿Quién sabe, si al ver que allí
no hago de mi esfuerzo alarde,
la mancha vil de cobarde
arrojan ya sobre mí?

FERMIN. Supondrán que usted herido
ó muerto debe de estar.
¿Por qué en tal cosa pensar?
Ya que la suerte ha querido,
gracias á la astucia mia,
que se halle libre y curado
sin que nadie haya notado
que en mi choza lo escondia,
estos momentos de calma
aproveche, ¡voto á brios!
Póngase en manos de Dios,
y tenga mas grande el alma.

EDUARD. Pienso esta noche partir.

FERMIN. ¿A qué ese apresuramiento?

EDUARD. Restablecido me siento,
y anhelo ya combatir
de nuevo. Si tú prefieres
de la guerra á los azares
la quietud de estos lugares,
puedes quedarte si quieres.

FERMIN. No me quedo, no señor;
yo nunca me vuelvo atrás,
iré con usté, y tres mas!
(No dejando hablar á Eduardo.)
Seré un bárbaro, mejor.
Si el duro plomo me hiere,

aquí dió fin un cristiano:
una vez, tarde ó temprano,
tan solamente se muere.

EDUARD. Intentas abandonar...?

FERMIN. ¿Yo? Nada absolutamente.

EDUARD. ¿No tienes ningun pariente?

FERMIN. Ni pienso en emparentar.
Por casualidad nací:
mi madre tuvo tal prisa,
que no me dió ni camisa
al separarse de mí.
Como un árbol he crecido
al sol, á la lluvia, al viento,
siempre feliz y contento;
nunca un ochavo he tenido,
ni es el dinero mi afan,
me da de comer mi maña,
y vivo en esa cabaña
que de limosna me dan.

EDUARD. En ella me recojiste
cuando, por mi negra estrella,
herido caí, y en ella
vida y libertad me diste.
En deuda contigo estoy,
y pagaré dignamente...

FERMIN. *(Interrumpiéndole.)*
Me lleva usted de asistente:
por bien pagado me doy.
Lo que hice yo, otro cualquiera
en mi caso hubiera hecho.
A espaldas de aquel repecho
(Señalando al fondo.)
cercado como una fiera,
le ví á usted que se batia
con un monton de carlistas,
yo tengo las piernas listas
y me dije: «Esta es la mia.»
En tres ó cuatro zancadas
subí á la cumbre del cerro
me encaramé como un perro
y los emprendí á pedradas.
Era de noche: creer
por el mal que les hacia

debieron que mas habia;
apretaron á correr,
me acerco; á usted distingui
acribillado á sablazos,
le alzo; le cojo en mis brazos,
acuestas le traigo aquí.
De don Cárlos el pendon
estos valles han seguido,
le tengo á usted escondido,
se cura, y en conclusion
de la vida militar
me pinta usted el trajin,
las patronas, el botin...
y quiero plaza sentar.

EDUARD. Yo solo soy miliciano
de Bilbao.

FERMIN. Ya lo sé.

EDUARD. Un dia
en que el espanto cedia
del sitio, venir ufano
quise aqui; con un ardid
la línea enemiga hallé
modo de burlar; mas fué
para en mas terrible lid
meterme... En fin, si te empeñas,
puedes ponerte en camino:
junto á la fuente del Pino
espérame entre las breñas.
Cerca los mios están....

FERMIN. Mil riesgos va usté á correr.

EDUARD. Nada tienes que temer:
tambien me acompañarán.

FERMIN. En buen hora. Agazapado
esperaré. Mi equipaje
es corto.
(Despues de una pausa.)
Si antes del viaje
de los que me han fastidiado
pudiera hacer una monda!
¡A tiros quiero andar ya!
¡Mi primer viva se oirá
diez leguas á la redonda!

EDUARD. Ya es poco lo que se vé:

puedes en la iglesia entrar;
yo me voy á retirar.

FERMIN. Bien, un momento entraré.
(*Entra en la iglesia.*)

ESCENA II.

EDUARDO.

(*Pensativo.*)
¡Noche apacible y serena,
bajo cuyo negro manto
se desvanece el quebranto
que mi existencia envenena!
¡Bien haya tu sombra llena
de misterio y soledad!
Para el que en triste ansiedad
se ajita incesantemente,
tú eres, ¡oh noche! ¡una fuente
de inmensa felicidad!
¡A tu calma bienhechora,
á tu retiro sombrio
apela el corazon mio
cuando el pesar lo devora!
¡Gocen otros de la aurora
los brillantes resplandores;
yo, que á solas mis dolores
y mis desventuras lloro,
te voy buscando y adoro
tus enlutados vapores!
(*Pausa. Empiezan á tocar las campanas de la iglesia anunciando la conclusion de la fiesta.*)
¡Lucha terrible y cruel
la que en el pecho sostengo,
en este instante, en que tengo
que ser á mi patria fiel!
¡Apurando amarga hiel
del dulce bien que mas quiero
me separo, cuando fiero

celoso furor me inflama!...
(*Dominándose.*)
Pero mi deber me llama,
mi deber es lo primero.
(*Entra en la cabaña.*)

ESCENA III.

ANSELMO.—FERMIN.—MARTA.—PUEBLO. *Saliendo todos de la iglesia, algunos mozos principian á encender la hoguera que arderá durante el baile.*

FERMIN. (*A Marta.*)
¡Que no he dormido!
MARTA. Que sí.
FERMIN. ¡No hay tal cosa!
ANSEL. (*A Fermin.*)
¿Esas tenemos?
FERMIN. Figúrese usted si yo
me iria á dormir oyendo
al padre Gabriel.
ANSEL. Seria
una falta.
FERMIN. ¡Ya lo creo!
Me estoy con la boca abierta.
MARTA. ¿Por qué no tienes abiertos
tambien los ojos?
FERMIN. ¿Por qué?...
Porque de gusto los cierro.
ANSEL. (*A Marta.*)
¿Y María?
MARTA. Aun no ha salido.
FERMIN. Se habrá quedado comiendo
los santos. ¿Pero no hay baile?
ANSEL. Ahora lo consultaremos.

ESCENA IV.

Dichos.—MARIA.—*Luego* EL PADRE GABRÍEL.

MARIA. *(A Anselmo.)*
Padre...
ANSEL. Te estaba esperando
con impaciencia.
(Viendo á María que manifiesta la mayor tristeza.)
¿Qué es eso?
¿Estás mala?
MARIA. No señor.
ANSEL. *(Bajo á Maria.)*
Verte complacida quiero.
Mañana llega Fernando:
si te vé con ese gesto
podrá presumir que á tí
te molestan sus obsequios,
y no me acomoda.
MARIA. ¿A qué
en casarme tal empeño?
ANSEL. ¿Vuelves ya con la manía?
¡Dada mi palabra tengo,
y de tu primo serás
aunque se oponga el infierno!
Ahora diviértete y calla.
GABR. *(A los mozos.)*
La hoguera están encendiendo:
podeis á sus resplandores
bailar algunos momentos.
(A Maria que está sentada.)
¿Tú no bailas, hija mia?
MARIA. No.
(Al padre Gabriel haciéndole lugar en el banco en que está sentada.)
Aqui tiene usted asiento.
GABR. *(Sentándose.)*
Amigos, ea, mañana

es el patron de este pueblo:
gozad inocentemente
en estos sencillos juegos.
Bailad, zagalas, bailad
al son de los instrumentos.
(Algunos aldeanos bailan al compás del tamboril y de los instrumentos del pais, otros cantan.)

(Cantan.)

Ya empieza en las montañas
el cierzo á rebramar,
venid á las cabañas
en torno del hogar.
En breve las colinas
las nieves cubrirán;
mas hay secas encinas
que fuego nos darán.
Venid á las cabañas
en torno del hogar,
que empieza en las montañas
el cierzo á rebramar.

———

GABR. *(Levantándose.)*
Basta, hijos mios, la noche
vá desplegando su velo,
y es fuerza que por prudencia
este sitio abandonemos.
Dia vendrá, en que podamos
prolongar nuestros festejos,
sin que la trompa guerrera
nos asombre con sus ecos.
Mas en tanto que estos valles
surque de la guerra el genio
y hasta que la paz hermosa
tienda sus puros reflejos,
en nuestros pobres albergues
tranquilos nos ocultemos,
sin tomar parte en la lucha
que deja los campos yermos.

ANSEL. ¡Dios quiera que cual un dia
sin temores nos sentemos
bajo esta encina, plantada
aqui por nuestros abuelos!

GABR. Despues de la tempestad

el sol se ostenta mas bello.
Si hoy encontradas pasiones
hacen blandir el acero,
mañana rota la venda
que está cegando á los pueblos,
en júbilo y en placeres
trocarán el desconsuelo!
(Empiezan las campanas á tocar la oracion.)

ANSELM. *(Levantándose y descubriéndose.)*
La oracion.
(Todos se descubren y los que están sentados se levantan.)

GABR. *(Despues de unos momentos de pausa.)*
¡Asi, hijos mios!
Rogad siempre, y confiemos.
Nunca es estéril el llanto
del que con fé ruega al cielo.)
(A los aldeanos que se despiden de él al marcharse.)
¡Adios! ¡Adios!

ANSELM. *(A Maria.)*
Ven.

MARIA. *(Besando la mano al padre Gabriel.)*
Usted,
padre Gabriel, que es tan bueno,
pida por mí.
(Llorando.

GABR. *(Con bondad.)*
¡Yo por tí!

ANSELM. Muchacha, ¿qué estas diciendo?

GABR. ¿Tienes tambien tú pesares,
pobre niña?

ANSELM. De su genio
son rarezas.

GABR. ¿Qué te aflige?

MARIA. Nadie es feliz en el suelo!
Todos tenemos de prueba
algun terrible momento!
(Entra en la casa de Anselmo.)

ESCENA V.

El Padre Gabriel.—Anselmo. *(Andres desde el final de la anterior escena estará dando las mayores muestras de impaciencia, paseando con las llaves en la mano por delante de la puerta de la iglesia, de la que habrá cerrado ya una hoja.)*

Anselm. No debe usté hacerla caso.
Mas que á mi vida la quiero;
es ella de estos contornos
la hermosa flor de mas precio:
¿cuáles desventuras pueden
turbar su inocente pecho?
Gabr. Tal vez pensará en su hermano.
Anselm. ¡Es verdad! Hace año y medio
que en las tropas vascongadas
se alistó, y hace ese tiempo
que nada sabemos de él.
Gabr. ¿No escribe?
Anselm. ¿Cómo ha de hacerlo?
Despues de su ausencia vine
á establecerme aqui, y pienso
que lo ignora. Sin embargo,
tengo esperanza de verlo.
En el sitio de Bilbao
que está su batallon creo:
es fácil que cualquier dia,
pues tan cerca le tenemos,
cruce por esas montañas...
Gabr. Me alegraré conocerlo.
Anselm. Es el soldado mejor
que existe en los dos ejércitos;
alto como yo, fornido,
con un carácter de hierro!
¡Y un corazon! ¡Veinte mil
veces mayor que su cuerpo!
(El padre Gabriel se sonrie.)

Dispénseme usted, soy padre
y....

GABR. *(Dándole la mano.)*
Buenas noches, Anselmo.

ESCENA VI.

EL PADRE GABRIEL.—ANDRÉS.

GABR. *(Reparando en Andrés.)*
¿Qué es eso? ¿Por qué no cierras?

ANDRÉS. *(Mirando hácia dentro de la iglesia.)*
Tentado estoy por hacerlo.

GABR. ¿Hay alguno aun en la iglesia?

ANDRÉS. Pues es claro, ese estafermo
que si aquí no pasa el dia
no se encuentra satisfecho.

GABR. ¿Don Dimas tal vez?

ANDRÉS. ¡Don diablo!

GABR. ¡Muchacho!

ANDRÉS. Se pega al suelo,
y mas parece una estátua
que un hombre de carne y hueso!

GABR. No tendrás tú esa virtud.

ANDRÉS. Seguramente, ni quiero.
¿Le parece á usted bonito
el que me tenga aquí preso
despues de que no he podido
ver el baile ni los fuegos?

GABR. Antes es la obligacion...

ANDRÉS. Ya lo sé; pero reniego...

GABR. *(Con severidad.)*
¡Vamos! ¡vamos!

ANDRÉS. ¡Si me diera
de cuando en cuando algo bueno!

GABR. ¡Interesado tambien!

ANDRÉS. ¿Para qué quiere el dinero?
Pero no corre peligro:
¡se conoce que es mas prieto!

Nunca echa un cuarto á las ánimas
á pesar de tantos rezos.
(Viendo salir á don Dimas.)
Ya sale: ¡gracias á Dios!
(A don Dimas.)
Lo que es hoy bien la hemos hecho.

ESCENA VII.

Dichos.—Don Dimas.

Gabr. *(A Andrés.)*
¡Chiquillo! No haga usted caso.
Andrés. *(Aparte.)*
¡Tio cócora!
Gabr. *(A don Dimas.)*
¡Es tan travieso!
Dimas. El pobre se habrá cansado
de esperar.
(Se ven cruzar algunos soldados carlistas por lo alto de la montaña.)
Gabr. *(Reparando.)*
A los reflejos
de la luna se distinguen
soldados.
Dimas. *(Mirando tambien.)*
Sí.
Gabr. Algo tendremos
que deplorar.
Dimas. ¡Sea lo que
el Señor haya dispuesto!

ESCENA VIII.

DON DIMAS.—ANDRES.

DIMAS. ¿Ya has acabado por hoy?
ANDRES. (*Con mal humor.*)
Acabé.
DIMAS. ¿Con qué?...
ANDRES. *Laus deo.*
DIMAS. ¿No te acomoda este oficio?
ANDRES. No me gusta, lo confieso.
DIMAS. ¿Por qué motivo?
ANDRES. Porque,
yo no he nacido para esto.
DIMAS. Entonces debes dejarlo.
ANDRES. No lo permite mi abuelo,
que con el padre Gabriel
me trajo á vivir... ¡Deseo
que se arme una buena gresca!...
Los latines aborrezco,
y los misales, y...
DIMAS. ¿Adonde
mejor estuvieras?
ANDRES. Quiero
trocar por un buen capote
este roquete que llevo,
por el fusil el hisopo,
librarme del alzacuello,
abandonar los ciriales
por un tambor de pellejo
que asuste al mundo, ceñir
un sable que corte el hierro,
y en vez de tocar á misa,
tocar con brio á degüello.
DIMAS. ¡Pues! ¿Y quisieras tambien
bigotes de granadero?
ANDRES. Lo que es en cuanto á bigotes...
ellos vendrán con el tiempo.
(*Con misterio.*)

Algun servicio pudiera
hacer aunque no los tengo
todavia... Esta misma noche
pescaba un pez.

DIMAS. No te entiendo.
¿Qué quieres decir?

ANDRES. Que pronto
se tragaria el anzuelo
el que viene á esa ventana.
(Señalando la de la casa de Anselmo.)

DIMAS. *(Con el mayor interés.)*
¡A esta ventana!

ANDRES. *(Con malicia.)*
No debo
decírselo á usted... usted
estima al señor Anselmo...
y sobre todo á María.

DIMAS. Supones...

ANDRES. Yo no soy ciego.
¡La echa usted unos ojillos
en la iglesia!

DIMAS. *(Queriendo mudar la conversacion.)*
Pero ¿es cierto
que se oculta?...

ANDRES. Algunas veces,
que por azar me descuelgo
antes de la aurora, un bulto
al pié de la reja encuentro:
en cuanto me siente escapa,
por eso verle no puedo
mas que el traje.

DIMAS. ¿Y por el traje
sacas?...

ANDRES. Que no es de los nuestros.
(Con intencion.)
Yo supongo que no esté
solo tomando el sereno.
Porque despues que él se aleja
cuando me descubre, siento
un ruido como de echar
gancho ó cerrojo por dentro.

DIMAS. *(Aparte.)*
¡Ciertas eran mis sospechas!

Otro amor guarda en su pecho.
¡No me queda ya ninguna
esperanza!
(Alto, conteniéndose.)
¿Y no es mas que eso?

ANDRES. *(Marchándose.)*
Nada mas.

DIMAS. Espera.
(Dándole una moneda.)
Toma.

ANDRES. *(Aparte.)*
Será algun ochavo viejo.
(Alto.)
¡Adios!

DIMAS. Esplícate mas.

ANDRES. Otra vez. Ahora no puedo.

ESCENA IX.

DON DIMAS.

¡Sí, no hay duda! Andrés lo ha visto.
¿Qué interés ese chicuelo
puede tener en mentir?
Si yo encontrase algun medio
de averiguar...
(Reflexionando.)
¡Imposible!
Con todo si él...
(Sale Santiago con fusil y trage de sargento carlista.)
Pasos siento.

ESCENA X.

Dicho.—SANTIAGO.

SANTIA. ¿Quién vá ahí?
DIMAS. Gente de paz.
SANTIA. ¿Buen hombre, es usted del pueblo?
DIMAS. Sí señor.
SANTIA. ¿Adónde vive
don Dimas Ruiz Escudero,
contratista por mayor
de víveres del ejército
real?
DIMAS. Yo soy.
SANTIA. Por la traza
me lo pensé desde luego.
Mañana necesitamos
doscientas raciones.
DIMAS. *(Sin hacerle caso.)*
Bueno.
(Aparte.)
¡Oh! ¡Qué idea!
SANTIA. *(Sacando un papel.)*
La boleta
está aquí.
(Indicándole que se marcha.)
Con que...
DIMAS. *(Deteniéndole.)*
Un momento.
No ha podido usted llegar
á mejor ocasion.
(Con misterio.)
Tengo
que revelarle una cosa
muy grave, señor sargento.
¿Quiere usté hacer esta noche
aquí mismo un prisionero?
SANTIA. No uno solo: ya mi gente
como conviene he dispuesto,

y caerán cuantos contrarios
haya ocultos ó dispersos.

DIMAS. ¿Está usted seguro?

SANTIA. Y mucho.
Con seguridad sabemos
que se esconden hace dias...

DIMAS. Viene un bulto, retirémonos.
(Se retiran al fondo.)

ESCENA XI.

Dichos.—FERMIN.

FERMIN. *(Saliendo con cuidado de la cabaña, y llevando morral, botines, y traje de viaje. La luna se habrá ocultado enteramente durante la escena anterior.)*
La ocasion la pintan calva.
(Reparando á su alrededor.)
Todo descansa en silencio,
y es preciso que yo salga
dignamente de este pueblo.
Salir como salen todos
no tiene gracia.
(Sentándose.)
Pensemos.
¿Si lograse conquistar
un buen caballo?... ¡Sí; pero
para andar por esos riscos
es inútil!... El tio Pedro
tiene en su casa el ganado...
si le atrapase un cordero...
ó dos, ó tres... No, tampoco:
lleva mi morral ya peso.
Una cosa mas manuable
que surtiera el mismo efecto...
Porque el caso es el llevar
con nosotros buen repuesto;
nadie puede ser cobarde
con el estómago lleno,

y lo que es yo, si no hay víveres
soy hombre al agua, me entrego.
(Despues de estar un momento pensativo.)
¡Ah! Ya caigo, ¡dí en el quid!
Don Dimas el usurero
es un tuno, que ni aun es
español, y á quien quisiera
que apretasen el pescuezo,
tiene unos cuantos capones
cebados para el invierno;
si logro dar con cautela
un asalto al gallinero
soy un héroe.
(Deténiendose.)
No lo soy.
Sin que me ayuden no puedo
aventurarme... las tapias
son muy altas... y no vuelo...
(Con alegría despues de reflexionar.)
¡Qué bárbaro soy!
(Mirándo la tapia de la casa de Anselmo.)
¡Aquí
está el del señor Anselmo!
(Subiendo por la reja.)
Me encaramo en esta reja,
subo por ella ligero
al pajar, y en un minuto
libre y victorioso vuelo.
(Saltando la tapia.)
¡Gallina que cacaree
lo paga con el pescuezo!

ESCENA XII.

Dichos.—Menos FERMIN.

DIMAS. *(Con rabia.)*
¿Ha visto usted?
SANTIA. Se conoce
que tiene algun trapicheo
en esa casa.
DIMAS. Era él,

de quien hablaba. Cojerlo
es preciso.

SANTIA. Claro está.

DIMAS. (*Acercándose á la puerta de la casa de Anselmo.*)
¿Toco?

SANTIA. (*Deteniéndole.*)
Seguro le tengo.
Si damos aquí un escándalo
servirá á sus compañeros
de alarma y podrán fugarse;
mas tarde le atraparemos.
Vamos á buscar mi gente
y á prender á todos ellos
á la par.

DIMAS. (*Con el mayor interés.*)
Mas vale ahora.

SANTIA Yo mi obligacion entiendo.

ESCENA XIII.

EDUARDO.

(*Saliendo con precaucion de la cabaña, con capote militar y traje de viaje; se acerca á la ventana de la casa de Anselmo, y da dos golpes casi imperceptibles en ella.*)
¡No viene! ¡Qué habrá pasado!
¡Mal sofoco mi emocion!
Sosiégate, corazon;
ella vendrá, lo ha jurado:
y antes la luz faltaria
á el alba, y el ruido al viento,
que olvidar su juramento
mi idolatrada María!
Repetiré la señal...
(*Deteniéndose.*)
Tal vez será una imprudencia...
Pero crece mi impaciencia
y esta ansiedad es mortal.
(*Vuelve á dar otros dos golpecitos en la reja y poco despues aparece detrás de ella María.*)

ESCENA XIV.

Dicho.—MARIA.

MARÍA. *(Bajo en la reja.)*
¡Eduardo!
EDUARD. ¡Cuanto he sufrido!
Cuidadoso estaba yá.
Nunca tan tarde has venido.
MARIA. ¿Dudabas de mí quizá?
EDUARD. Poco sincero seria
si lo negase; dudaba,
y esta duda me llenaba
de inquietud y de agonia.
MARIA. Estuve pensando en tí,
llorando con loco anhelo
y demandándole al cielo
que no te aleje de mí.
EDUARD. Lo sabes : solo las fieras
circunstancias, de tu lado
me apartan hoy: soy soldado,
debo seguir mis banderas.
MARIA. ¿Pero si yo te rogára,
y te hiciese comprender,
que ese terrible deber
para siempre nos separa?
¿Qué está mi vida en tu vida:
que necesito valor,
que es esta de nuestro amor
la postrera despedida,
que no por vanas quimeras
está mi pecho turbado?...
Contéstame.
EDUARD. Soy soldado,
debo seguir mis banderas.
MARIA. ¿Es decir que marcharias
mis súplicas desoyendo?
EDUARD. Es decir, que te estoy viendo
y crecen las ansias mias.

Que cual génio tentador,
en esta ruda contienda,
te interpones en la senda
de la virtud y el honor.
Yo quisiera que tu vida
se deslizase tan pura,
como la fuente escondida
que entre la selva murmura;
que de la fatalidad
nunca la mano sintieras;
que en otro mundo vivieras
de eterna felicidad!
Pero soy hombre y no Dios.
Tan solo puedo ofrecerte,
ó buena ó mala, mi suerte
para partirla los dos.

MARIA. Pues yo, queriéndote mas,
te daré, en mi amor segura,
la mitad de mi ventura,
de mis dolores jamás.
Corre á la lid fratricida,
ya que oponerme no puedo,
gana gloria, mientras quedo
(Llorando.)
en lágrimas sumerjida.

EDUARD. Enjúgalas, piensa en mí,
piensa que solo por verte
esta herida recibí,
y que es mi afan merecerte.
Piensa que este valle hermoso,
firme cual nunca en mi fé,
para llamarme tu esposo
para siempre, volveré.

MARIA. ¡Poco la verdad alcanzas
de los males que presumo,
que se tornarán en humo
nuestras locas esperanzas!
Soy pobre, de humilde cuna,
tú rico, á mi padre en vano
será que pidas mi mano,
que le ofrezcas tu fortuna:
á su palabra sujeto
me querrá sacrificar...

Este es, Eduardo, el secreto
de no dejarte marchar.

EDUARD. ¿Qué dices?

MARIA. Que resistir
sabré la lucha cruel,
y que antes de serte infiel
juro mil veces morir
á tu recuerdo leal.

EDUARD. *(Con ira.)*
Necesito conocerlo;
¡el nombre de ese rival!

MARIA. ¿Para qué quieres saberlo?

EDUARD. ¡Para aunque á tí no te cuadre,
quitarle toda esperanza!
¿Entiendes?

MARIA. Ten confianza.

EDUARD. ¡Su nombre! ¡Pronto!

MARIA. *(Cerrando la ventana.)*
¡Mi padre!

ESCENA XV.

EDUARDO.

¡Espera! ¡Aguarda, Maria!
(Conteniéndose.)
¿Será verdad lo que ha dicho?
Sí lo será. ¡Yo sabia
que de su padre el capricho
nunca me la entregaria!

ESCENA XVI.

Dicho.—ANSELMO.

ANSEL. *(Saliendo de su casa.)*
¿Me esperabas?

EDUARD. *(Con alegría.)*
¡Anselmo, el cielo mismo
le trae á usted aquí!

ANSEL. (*Admirado.*)
¿Qué significa!...

EDUARD. (*Dominándose.*)
Nada.

ANSEL. La oscuridad nos favorece;
ya es hora de partir: si estás resuelto
marchemos en seguida.

EDUARD. (*Reflexionando.*)
Un solo instante.

ANSEL. A camino seguro
hasta encontrar las tropas de la reina
te llevaré, burlando
las que nos cercan del opuesto bando.
Pero dos años ha que te conozco,
soy tu amigo mejor, y te aconsejo...

EDUARD. (*Hablando consigo mismo.*)
En espantosa lucha
apenas se qué hacer.

ANSEL. De mi esperiencia
seguir la voz, en mi lealtad confia,
ocúltate en el valle nuevamente.

EDUARD. Déjeme usted pensar.

ANSEL. Jóven he sido,
con Mina, en esta tierra,
la francesa invasion he combatido;
conozco los deberes del soldado,
la obligacion del hombre bien nacido.
Y debes escucharme,
bastante has hecho ya por tu partido.

EDUARD. (*Aparte sin hacerle caso.*)
Si á preguntarle me atreviera... ¡Nunca!
Sus ideas, su orgullo, su promesa,
abren entre nosotros un abismo
donde mi bello porvenir sé trunca.

ANSEL. De Bilbao á las débiles murallas
no puedes acercarte.
Presa de la miseria y del estrago
de interminable asedio,
es muy fácil, que al par que presuroso
corres en el ejército á alistarte,
á tus hermanos la contraria suerte
les dé sin que su esfuerzo les defienda,
en vez del triunfo desastrosa muerte.

EDUARD. *(Con fuego.)*
Por eso no vacilo ya, la llama
de libertad tambien mi pecho inflama:
en busca de esos mártires gloriosos
quiero correr, las iras sofocando
de todas mis pasiones,
en los aires la enseña tremolando
que anima sus valientes corazones.
Morirán ellos, moriremos todos.
¿Qué nos importa? De Bilbao las ruinas,
cual de Saguuto y de Numancia eternas,
nos prestarán mas gloria
que al enemigo fiero su victoria.
ANSEL. ¡Deliras! Las edades
futuras guardarán en la memoria
de la invicta ciudad la triste historia
para execrar de las civiles guerras
los espantosos males.
EDUARD. *(Con entusiasmo.)*
No para eso.
¡Para aprender en sus alientos bravos
que mas vale morir que ser esclavos!
ANSEL. ¿Supones que la sangre dearramada
á torrentes aquí, que el triunfo mismo
os han de dar la libertad soñada
que quiere conquistar vuestro heroismo?
EDUARD. Sí.
ANSEL. Las leyes que alzais en vuestros brazos
las mirareis muy pronto
á vuestros propios piés hechas pedazos.
EDUARD. Nuevamente serán reconquistadas.
ANSEL. Si no podeis...
EDUARD. ¡Entonces,
los que traidores y perjuros sean,
para consuelo en nuestro mal profundo,
las torpes frentes llevarán marcadas
con nuestra sangre y el horror del mundo!
ANSEL. Duras lecciones os reserva el tiempo.
EDUARD. Mientras, nuestras ideas en estos campos
sabremos defender.
ANSEL. ¿Y contra quiénes?
Contra españoles que tambien anhelan
era feliz de libertad y bienes.

Los que defienden sus antiguos fueros,
mas libres que vosotros,
nunca los dominaron extranjeros.
En tanto que las huestes castellanas
el árabe vencia,
ellos, la cruz del Redentor guardando,
iban la santa empresa preparando
que de España la mengua labaria.

EDUARD. ¡Adios! Inútil es que usted se aleje:
basta con que me indique
la ruta mas segura.

ANSEL. Hasta ponerte en salvo, que te deje
en vano intentarás.

EDUARD. *(Con indecision.)*
¡Si usted supiera
lo que pasa por mí!

ANSEL. Sé que batallas
con el amor que tienes á María.
Al fin olvidarás ese cariño
que es un capricho nada mas de niño.
No lo niegues, lo sé por ella misma.

EDUARD. Pues bien: la adoro, la existencia mia,
á quererla la tengo consagrada;
usted que es de los padres el modelo,
si de los dos aprecia la ventura,
ese enlace fatal
rompa, y espere á que la suerte dura
de prueba el tiempo que le plazca llene.

ANSEL. Mi palabra empeñada
tengo ya; pero aunque así no fuera
nuestra modesta condicion humilde
se encuentra de la tuya separada
y nunca te la diera.
Mas vale que lloreis hoy mi rudeza
que mi ambicion mañana. Nada digas.
Vamos.

EDUARD. Vamos.
(Aparte.)
Me há dicho: ten confianza,
ella. Perder no debo la esperanza.
¡Si me engañase... en mi desdicha fuerte,
no ha de faltarme á donde voy la muerte!

ESCENA XVII.

FERMIN.

(Asomado sobre la tapia de la casa de Anselmo.)
¿Hay novedad?—Nada se oye.
¿Eh?—Me parece que no.
Bajemos cuanto mas antes.
La batalla ha sido atroz:
el enemigo ha quedado
en completa dispersion:
huyendo cobardemente,
dejando de mi valor
en el campo los trofeos,
y plumas para un colchon.
(Empezando á bajar.)
¡En último resultado
(Sacando dos gallinas que llevará escondidas.)
los cadáveres son dos!
¡Pobres víctimas! Mañana
se enterrarán... en arroz.
(Parándose pensativo.)
Pero ahora que reflexiono,
¿será esto robar? ¡Oh! no.
Si tal pensara... ¡No quiero
que me tengan por ladron!
La tropa sobre el pais
tiene que vivir, y yo
soy soldado: no hago mas
que conquistar mi racion.

ESCENA XVIII.

MARÍA.

(Saliendo de su casa.)
Estoy resuelta, es el medio
único de salvacion
que tengo...
(Con zozobra.)
Acaso mi padre
venga pronto. ¡Su furor
cuánto será al ver la carta
que dejo! Creerá que voy
á su voluntad rebelde
de amores locos en pos...
Retroceder no me es dado.
Si me presta su favor
el padre Gabriel, aun puedo
esperar su bendicion.

ESCENA XIX.

DON DIMAS.—SANTIAGO.—CABO Y SOLDADOS CARLISTAS.

SANTIA. *(A don Dimas.)*
¿Es esta la casa?
(Señalando á la de Anselmo.)
DIMAS. Sí,
esa.
SANTIA. *(A los soldados.)*
¡Alto!
(A un soldado que llevará una linterna en la mano.)
Aunque no veamos,
ten tapada la linterna,

3

(A un cabo.)
En los caseríos buscando
id vosotros, á los que antes
por la colina han cruzado.
¿Entendeis? Ocultos deben
de hallarse. Registrad bien.

CABO. Y si no los encontramos,
en la pasada semana
tres pueblos nos han quemado
los enemigos, con este
prometo hacer otro tanto.

ESCENA XX.

Dichos, menos EL CABO Y ALGUNOS SOLDADOS.—*Luego* ANSELMO.

SANTIA. *(A los soldados.)*
Ahora entrad allí; esa tapia
hace poco que ha saltado
uno.
(Entran varios soldados en la casa.)

DIMAS. *(Con ansiedad.)*
¡La puerta está abierta!
Tarde sin duda llegamos.

SANTIA. Estará con su pimpollo
tranquilamente charlando.

ANSEL. *(Apareciendo por el fondo.)*
¡Qué es lo que indica esta alarma!
Nada temo por Eduardo.
A estas horas ya está lejos
y le buscarán en vano.
(Los soldados salen de la casa.)

SOLD. 1.º *(A Santiago.)*
En esa casa no hay nadie.

DIMAS. *(Con desesperacion.)*
¡Lo que yo dije!

SANTIA. ¡Qué diablo!
No habreis registrado bien.

SOLD. 1.º Toda la hemos registrado.

ANSEL. (*A don Dimas.*)
¿Sabe usted qué significa?...
DIMAS. (*Despues de una pausa y mirándole con ira.*)
No sé nada.
SANTIA. (*A los soldados.*)
¡Con mil santos!
Antes de medio minuto
vuelvo a salir con el pájaro.
ANSEL. (*Poniéndose delante de la puerta cuando vá á entrar Santiago.*)
¿Pero á quién buscan ustedes?
SANTIA. (*Con la mayor sorpresa.*)
¡Esa voz!
ANSEL. (*Lo mismo.*)
¡Yo he escuchado
ese acento!
SANTIA. (*Precipitadamente.*)
¡Aquí la luz!
(*El soldado descubre la linterna.*)
¡El es! ¡Mi padre!
ANSEL. (*Abrazándole.*)
¡Santiago!
¡Hijo de mi corazon!
¡Al fin te estrecho en mis brazos!
SANTIA. ¡Casualidad mas estraña!
ANSEL. ¡Dios mis ruegos ha escuchado!
SANTIA. ¿Pero cómo está usté aquí?
¿En este país?
ANSEL. Buscando
vine un asilo seguro
donde vivir olvidado.
Apenas sentaste plaza
en las tropas de don Cárlos,
cuando huyendo de Navarra
María y yo nos fijamos
(*Señalado la casa.*)
en este tranquilo albergue...
SANTIA. (*Interrumpiéndole.*)
¡Cómo! ¡Qué está usted hablando!
¿Vive allí mi hermana?
ANSEL. Entremos
á sorprenderla en su cuarto.
SANTIA. (*Cubriéndose la cara con las manos.*)

¡Dios mio!

ANSEL. ¡Qué dices!

SANTIA. ¡Padre!

ANSEL. Me espanta tu sobresalto.

SANTIA. ¡En hora fatal el cielo
aquí condujo mis pasos!

ANSEL. Pero acaba. ¿Qué sucede?

SANTIA. ¡Perder lo que mas amamos!
¡Saber que se han atrevido
á hacer nuestro honor pedazos!
¿Adónde se halla María?

ANSEL. Aqui la dejé hace un rato.
(Con el mayor terror.)
¿Por qué me preguntas eso?

SANTIA. ¡Porque el hombre á quien buscamos
es recibido por ella
villanamente en su cuarto!
¡Porque yo le ví subir
por allí!

ANSEL. *(Con desesperacion.)*
¡Qué estás hablando!
¡María!

SANTIA. ¡Llámela usted!
¡Nos la han robado!

ANSEL. *(Entrando en la casa.)*
¡Robado!

SANTIA. ¡Infeliz!

SOLD. 1.º *(Dando un papel á Santiago.)*
Este papel
sobre una mesa encontramos.

SANTIA. ¡Trae!

ANSEL. *(Arrojándose en los brazos de Santiago.)*
¡Hijo mio!

SANTIA. Mire usted
la carta que le ha dejado.

ANSEL. *(Leyendo.)* »Padre mio: sé que todos mis rue»gos serán inútiles para conseguir que rompa »el casamiento que me prepara, y yo no tengo »valor para obedecer á usted, porque amo á »Eduardo. No me maldiga usted: muy pronto »sabrá usted donde me encuentro, y le suplica»rán que no haga mi desgracia, que me eche »su bendicion y que me perdone.»

(Fuera de sí.)
¡Es decir que era cierto mi desdoro!
¡Que le viste! ¡Que no me has engañado!
(Á los soldados.)
¡No le busqueis! Me quita mi tesoro,
y yo mismo insensato le he salvado!

SANTIA. ¡Usted!

ANSEL. Pero tercero de mi afrenta
no quiero ser, me torno en su enemigo.
¡A impulsos de la rabia que me alienta
daré á su infamia y mi traicion castigo!

SANTIA. Los dos iremos en su busca.

ANSEL. ¡Vamos!
¡Mas antes ese hogar porque no vea
ninguno en él que sin honor estamos,
presa del fuego y maldecido sea!
(Entra en la casa.)

SANTIA. *(Á los soldados.)*
A marchar en seguida. Aun debe hallarse
oculto en lo fragoso de la sierra.
Nada quede sin ver ni registrarse,
no hay que darle cuartel.

ANSEL. *(Saliendo de la casa en el mayor desórden.)*
Ahora en la tierra
solo me resta unido á tus pendones,
correr en pos del que turbó villano
la paz de nuestros pobres corazones,
y darle muerte con mi propia mano.
(Váse con los soldados y Santiago. La casa de Anselmo aparece encendida.)

ESCENA XXI.

DON DIMAS.

¡Marchad, marchad! ¡Yo buscaré á María
por mis terribles celos arrastrado,
y antes que brille en el oriente el dia
seré feliz ó me veré vengado!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del padre Gabriel: á la izquierda una ventana, cerca de ella una escalera, y al fin de esta una puerta pequeña que figura conducir al granero; puerta en el fondo, y dos á la derecha; en la escena habrá una arca y encima de ella una capa.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARTA, *asomada á la ventana.*

Ya va á despuntar la aurora,
y aun no ha cesado el bullicio.
¡Válgame Dios! ¡Y qué noche
de desolacion ha sido!
Felizmente, en esta casa
no hemos corrido peligro.
Por ser del padre Gabriel
la han respetado. Del juicio
me figuré que el momento
llegaba! ¡Qué laberinto!
¡Qué blasfemias tan atroces!
¡Qué espantosos alaridos!
¡Por todas partes ardiendo
multitud de caseríos!...
¡Como que casi está el valle
á cenizas reducido!
Mi pobre señor no cesa
de auxiliar á los heridos...
Pero ese Andrés que no viene
á contarme... Es un diablillo,
que se hallará en su elemento
entre las llamas metido.

ESCENA II.

Dicha.—ANDRES, *desgreñado y con el trage roto.*

ANDRES. ¡Estas si que son jaranas!
MARTA. ¿Y el padre Gabriel?
ANDRES. *(Vacilando.)*
Me han dicho
que anda por allí... No sé...
MARTA. ¿No le has visto?
ANDRES. No le he visto.
MARTA. ¿Para qué te mandé yo?
ANDRES. ¡Toma!.. Pero no he podido
dar con él.
MARTA. ¿Qué has hecho entonces?
ANDRES. Lo que todos: ver el brillo
de las llamas, y gritar,
y correr y meter ruido.
MARTA. De manera...
ANDRES. De manera
que estará tan sano y listo
como nosotros.
MARTA. No habia
reparado... Estás bonito!
ANDRES. Alguna chispilla suelta.
MARTA. ¡Todo el pantalon perdido!
ANDRES. Con eso me pondré ahora
el que llevo los domingos.
MARTA. Eso faltaba, ¡los nuevos!
ANDRES. *(Remedándola.)*
¡Pues! los nuevos que usted me hizo
de unos viejos que tenia
el padre Gabriel zurcidos.
MARTA. ¡Desvergonzado!
ANDRES. Apostamos
á que no los necesito?
Mire usté que ya me cansa
la vida de monaguillo!

MARTA. ¡Estás loco!
ANDRES. No señora,
lo que estoy es decidido
á seguir otra carrera.
Por la de la iglesia he visto
que no he de hacer adelantos,
y para no ser obispo,
prefiero plaza sentar,
y ser general... ó pito.
Riase usted. Tengo doce años,
de mi edad hay infinitos
que andan ya con su mochila
tan campantes.
MARTA. Habrá bicho
mas malo!
ANDRES. No me acomoda
que me persigan los chicos
llamándome: «Rapa-velas.»
«*Gori gori*» y «Chupa cirios.»
y quiero ver mundo ya.
Harto tiempo he sacudido
las pelucas de los santos;
harto tiempo hace que vivo
oliendo á cera, y esclavo
del incensario y los libros.
MARTA. Pero ¿y qué has de hacer tú?
ANDRES. Yo?
Lo que haga el mas atrevido.
¡No me conoce usté á mí!
¡Y cuando sea hombre! ¡Digo!
¿Quién se me pone delante
si escupo por el colmillo?
«Patrona, venga esa cama
que aqui hay un cuerpo molido!»
«Adios, patrona, que viene
muy cerca ya el enemigo.»
«¡Patrona, daca un abrazo!»
«Patrona...
MARTA. El demonio mismo
es quien te inspira esas bromas.
ANDRES. ¡Buenas bromas! ¡Voto á Cristo!
MARTA. ¡Ave María Purísima!
¡tambien jura!

ANDRES. Y de lo lindo.
Eso para ser soldado
es el primer requisito.
MARTA. Se conoce que hoy sisaste
las vinageras del vino.
ANDRES. En cuanto pueda me escapo.
¿Entiende usted?
MARTA. ¡Atrevido!
Te encerraré en el granero
entre tanto que le digo
al amo la buena pieza
que eres.
ANDRES. *(Huyendo de ella.)*
Ando yo mas listo.
(Gritando cuando ella le coje.)
¡Señora Marta!
MARTA. *(Llevándole hácia la escalera.)*
No hay mas,
nada importa que dés gritos.
ANDRES. *(Tirándose al suelo y pellizcándola.)*
Es que si usted no me suelta...
MARTA. ¡Infame! Tambien pellizcos?
ANDRES. *(Mordiéndola la mano y furioso.)*
¡Y me vá á dar la sobervia!
¡y por el suelo me tiro!
MARTA. *(Haciéndole subir la escalera.)*
Mejor!
ANDRES. *(Fuera de sí.)*
En siendo soldado
la cojo á usté y la fusilo!
(Mete á Andrés en el granero, echa el cerrojo á la puerta, y baja.)

ESCENA III.

MARTA.—MARÍA.

MARIA. ¡Ese rumor!...
MARTA. Ya estoy libre
de que se escape.

MARIA. (*Con abatimiento.*)
Habrá sido
una ilusion.
MARTA. (*Reparando en María.*)
¡Qué temprano
te has levantado!
MARIA. Ruido
escuchar pensé.
MARTA. Sí: Andrés
que gritaba; ya tranquilo
está todo y volver puedes
á descansar.
MARIA. ¿No ha venido
el padre Gabriel?
MARTA. Aun no.
MARIA. Es estraño.
MARTA. (*Vacilando.*)
Yo imajino
que algun enfermo tal vez...
(*Aparte.*)
Disimulemos.
MARIA. Confio
en que ninguno en el pueblo
descubrirá mi retiro.
MARTA. Puedes estar descuidada:
te prometo no decirlo.
MARIA. ¡Si supiera usted qué noche
tan espantosa he tenido!
MARTA. Pues, alguna pesadilla.
MARIA. Presa de horrible delirio,
de convulsiones contínuas
ni un solo instante he dormido.
Por donde quiera miraba
indignado al padre mio,
y al querer cerrar los ojos
de tanto llorar rendidos,
mas cerca me parecia
se alzaba su aspecto lívido,
¡amenazador, terrible
contra mí! Y hasta he creido
que reflejaba en mi alcoba
de cuando en cuando ó el rojizo
resplandor de inmensas llamas...

MARTA. *(Yendo á cerrar la ventana.)*
Aprension.
MARIA. *(Acercándose á la ventana.)*
¡Pero qué miro!
¡El pueblo se halla incendiado!
MARTA. No grites tanto.
MARIA. ¿Qué ha sido
de mi padre?
MARTA. Nada temas
no corre ningun peligro.
MARIA. *(Yendo á salir.)*
Voy á verle.
MARTA. Estás perdida
si sales de este recinto.
MARIA. Usted me responde.
MARTA. Sí.
(Aparte.)
Voy á mentir.
(Alto.)
Yo le he visto,
y no tiene novedad.
MARIA. ¿No me engaña usted?
MARTA. Repito
que es verdad... pero ya tarda
mucho mi señor.
MARIA. Aviso
si pudiera usted mandarle
de que espero. Necesito
hablarle, cada momento
que pasa se me hace un siglo.
Vaya usted.
MARTA. *(Marchándose.)*
Voy.
(Volviendo.)
No te asomes,
por tu bien te lo suplico.

ESCENA IV.

MARÍA.

¡Apenas tenerme puedo!
¡Me creí con mas valor!
¡Pero ahora de mi amor,
de mí misma tengo miedo!
Si pudiera distinguir
á través de esa ventana...
(Acercándose á la ventana.)
¡Toda diligencia es vana!
Solo me resta sufrir,
llorar en este aposento
que la suerte me depara,
y encontrarme cara á cara
con mi propio pensamiento.
(Pausa.)
¡Ya mi padre habrá leido
aquel funesto papel!
¡Mi desobediencia en él!
¡Quizá me habrá maldecido!
¡Ah! ¡Padre mio! ¡Perdon!
¡Deten tus fieros enojos,
hasta que puedan tus ojos
leer en mi corazon!

ESCENA V.

Dicha.— EL PADRE GABRIEL.

GABR. *(Entrando.)*
Marta, Marta...
(Reparando en María.)
¿Quién?...

MARIA. *(Sin dejarle hablar.)*
Yo soy.
Dígame usted la verdad,
¡No sabe usted la ansiedad
atroz que sufriendo estoy!
¿El fuego fatal que entierra
en ruinas la poblacion,
qué significa?

GABR. Esos son
los efectos de la guerra.

MARIA. ¿Y mi padre?

GABR. Por fortuna
no ha perecido.

MARIA. ¿Y mi casa?

GABR. La llama voraz la abrasa.

MARIA. ¿Sin esperanza?

GABR. Ninguna.

MARIA. ¡Justo castigo del cielo!

GABR. Vamos, no te desesperes:
aquí vivirás si quieres
libre de todo recelo.

MARIA. ¡Gracias! ¡Con la pena mia
horas hace que batallo,
y humano remedio no hallo
para calmar su agonia!

GABR. Al fin hallarás camino.
Desmayas harto temprano:
cuando no se halla en lo humano,
se lo busca en lo divino.

MARIA. Ahogar la voz pretendí
que mi conciencia levanta;
pero ó no es mi oracion santa,
ó Dios no me escucha á mí.

GABR. Las desdichas nos exaltan:
en la suma bondad piensa...

MARIA. ¡Oh! Mi confianza es inmensa;
pero las fuerzas me faltan.

GABR. Dá treguas á la afliccion.
(Acercándola una silla.)
Siéntate.
(Maria se sienta.)
Ahora serena,
puedes contarme tu pena,

abrirme tu corazon.

MARIA. Para eso he venido: usté
merece mi confianza,
presta luz á mi esperanza,
hace renacer mi fé.
Parece que mi impaciencia
escuchando sus consejos
se modera.

GABR. Es de los viejos
patrimonio la esperiencia.

MARIA. Casi niña todavia
era cuando conocí
á un jóven; mi amor le dí,
y su amor es mi alegría.
De Bilbao donde se hallaba,
á pesar del sitio odioso,
á verme vino afanoso,
como siempre acostumbraba,
un mes hace. En la escondida
selva, la gente le vió
contraria, le sorprendió
causándole grave herida,
y oculto en el valle estuvo,
robándome á mí la calma;
¡porque tuve yo en el alma
la que él en el cuerpo tuvo!
Repuesto ha marchado ayer
de sus banderas en pos,
prometiéndonos los dos
el uno del otro ser.
Mas sin mirar que padezco,
mi padre intenta casarme
con quien no puede inspirarme
pasion, con quien aborrezco.
Mil veces envuelta en lloro
sus rodillas he ceñido;
¡le dije el nombre querido
del amante á quien adoro!
Pero todo ha sido en vano:
sujeto por su palabra,
al que mi desdicha labra
no quiere negar mi mano.
¡Ese hombre llegar hoy debe!

y vengo en mi frenesí
á que me arranque de aquí
si á ser mi esposo se atreve.

GABR. ¿Dueña de tu calma toda
eso piensas?

MARIA. Decidida.
Fuera quitarme la vida
consentir en esa boda.
Sí, padre mio, y tampoco,
por mas que yo lo intentára,
en el pecho sofocára
mi ciego cariño loco.

GABR. ¿Y del que te inspira fiel
esa amorosa ternura
estás del todo segura?

MARIA. Sí lo estoy.

GABR. ¿No dudas de él?

MARIA. ¿Y cómo dudar podria
de su verdadero amor?
¡Antes dudará, señor,
de la claridad del dia!
Amor que nace en la infancia,
que crece en tiempos felices,
que echa en el pecho raices
y resiste á la distancia;
amor santo, que atesora
cuanto hay de dulce en el suelo,
tan sereno como el cielo,
tan puro como la aurora,
que se funde en el crisol
de las penas sin mudar,
es cual la roca en el mar,
como la luz en el sol!

GABR. Libre es siempre la mujer
para la eleccion de estado:
la religion le ha dejado
el derecho de escojer.
Jamás de desobediente
tu padre puede culparte,
si en el altar al postrarte
elevas pura la frente.
De mi amistad en los lazos
se estrellará su rigor,

seré vuestro mediador:
yo te volveré á sus brazos.
Verle quiero en el instante
y que sepa en donde estás.

MARIA. *(Con alegria.)*
Eso.

GABR. Aquí me esperarás.
El pobre estará anhelante...
(Preparándose á salir.)

ESCENA VI.

Dichos.—DON DIMAS.

DIMAS. ¡Padre Gabriel!

GABR. ¿Qué sucede?

DIMAS. La soldadesca cruel
ha puesto fuego á mi casa
que ha principiado ya á arder,
y son mis súplicas vanas.
Pero si le oyen á usted,
á su voz santa, esa gente
se ha mostrado siempre fiel.
Corra usted por caridad.

GABR. Bueno, les exhortaré
y ojalá que evitar pueda...

DIMAS. En tanto aquí esperaré,
rezando y pidiendo á Dios
que su proteccion nos dé.

MARIA. *(Al padre Gabriel.)*
No se olvide usted tampoco...

GABR. Ya te entiendo. Hasta despues.

ESCENA VII.

MARIA.—DON DIMAS.

DIMAS. *(Aparte.)*
Al fin solo con ella aquí me quedo.
(Acercándose á Maria que estará mirando desde la ventana.)
¿Te asusta el resplandor de esas hogueras?

MARÍA. ¡Comprender tanta infamia apenas puedo!
DIMAS. ¡Ay de tí si su origen comprendieras!
MARÍA. De dia en dia crece el ciego enojo
de los que en sangre bañan este valle,
y el fatal resultado de su arrojo
es el cuadro espantoso de esa calle.
DIMAS. Cuadro distinto á fé del que ofrecia
cuando anoche al rielar de blanca luna,
tu amante fiel por ella discurria
confiado en su valor y en su fortuna.
MARIA. ¿Acaso sabe usted?...
DIMAS. ¡Cuán presurosas
se deslizan las horas de bonanza!
¡Cuán lentas á su vez, cuán angustiosas
las que arrancan del alma la esperanza!
MARIA. (*Aparte.*)
¡Me hiela de terror!
DIMAS. ¡Doblas la frente!
MARIA. ¡Que lo suponga usted me maravilla!
Nuestro amor fraternal es inocente:
en que ame una mujer nunca hay mancilla.
DIMAS. Pero la hay cuando frívola y liviana
no sabe poner coto á sus desmanes,
y entreabriendo á deshora la ventana
da entrada en su aposento á los galanes.
MARIA. ¡Inventada calumnia!
DIMAS. No, María.
MARIA. ¡Se atreve usté á pensar...!
DIMAS. Entrar le vieron.
MARIA. ¿En mi casa?
DIMAS. En tu casa.
MARIA. ¡Villanía!
¡Que yo dí entrada á un hombre!
DIMAS. Sí.
MARIA. ¡Mintieron!
Y mintieron cobarde, infamemente!
¡Quien tal publique de mi honor en mengua,
merece que le arranquen juntamente
con el vil corazon la torpe lengua!
DIMAS, Si te dijese, que en la noche oscura
mas que tú padeciendo y anhelando,
para saber de cierto su ventura
estuve largas horas acechando;

que los dos caminais hacia un abismo,
que inútilmente sincerarte esperas:
si te dijese que le ví yo mismo
tus umbrales cruzar, ¿qué respondieras?

MARIA. Que me quieren tender un lazo inmundo,
que son testigos de mayor valia
que los ojos de usted, que todo el mundo,
mi limpio honor y la conciencia mia.
Que estoy sobradamente sincerada,
de pruebas engañosas á despecho,
con la firme espresion de mi mirada,
con el latir tranquilo de mi pecho.
Que no le quiero dar satisfacciones
á quien tan vil y despreciable sea,
que celando en lo oscuro mis acciones
que soy capaz de liviandades crea.
Mucho les debe usted hoy á los cielos
que de padre y hermano me separan;
si le oyesen, á par de sus recelos
la vida miserable le quitaran!

DIMAS. Loca ilusion, que como arista leve
por el fiero huracan, á impulso mio
contemplarás deshecha tan en breve
como te trace el porvenir sombrío.
Todos están tu ceguedad creyendo.
Todos te vilipendian y desdoran:
y hasta su propia sangre maldiciendo,
los mismos tuyos su vergüenza lloran.

MARIA. ¿Dudar ellos de mí? ¡Oh! ¡es imposible!

DIMAS. No te quiero engañar. ¿Ves por do quiera
el valle hermoso en confusion terrible?
Tú eres la causa de su ruina entera.
Cuando dejastes el paterno asilo
por ir en pos del seductor villano,
al incendio entregó su hogar tranquilo
de tu padre infeliz la propia mano.

MARIA. ¡Eso no puede ser! ¡padre del alma!
Muy fácil me será desengañarle.
¿Adónde, adónde se halla?

DIMAS. Ten mas calma.
Inútil es que corras á buscarle.
A conquistar la muerte decidido
cuanto alcanza frenético destruye,

y de tu hermano uniéndose al partido
de los que saben sus desdichas huye.

MARIA. ¡Déjeme usted salir!

DIMAS. Con los contrarios
batiéndose está ya junto á la entrada
del pueblo: sus alientos temerarios
pronto te dejarán en desolada
y mísera horfandad. Oye, María.
Voy á mostrarte el corazon desnudo,
mi afan y mis proyectos este dia,
aunque te ofenda mi lenguaje rudo.
Soy respetado del carlista bando:
el liberal me trata con decoro:
á los dos á la vez voy halagando,
y los dos á la vez me llenan de oro.
Pretesto para hablarte solamente
ha sido mi temor: ni arde mi casa,
ni conozco otro fuego tan vehemente
como el voraz en que tu amor me abrasa.
Te adoro con tan férvida locura
que la ambicion por tu cariño olvido,
que antes de ver agena tu hermosura,
estoy á cuanto venga decidido.
No me puedo vencer. Desde el instante
aquel en que te ví por vez primera,
en todas partes hallo tu semblante,
cifro en tus ojos mi existencia entera.
No escuches mis palabras con desprecio:
líbrete Dios de provocar mi encono.
Pon tus caricias á cualquiera precio;
si has sido criminal, te lo perdono...

MARIA. ¡Me causa usted horror!

DIMAS. No he terminado:
escúchame hasta el fin. Te destinaba
á Fernando tu padre: fusilado
por causa mia, de sucumbir acaba.
Si á quien odias así mi saña abruma,
prensado de los celos en el potro,
comprendo lo que haré cuando presuma
que vas á ser feliz en brazos de otro.

MARIA. No quiero escuchar mas.

DIMAS. ¡De mi ternura
corresponde á la fé, siendo tu esclavo,

verás que me consagro á tu ventura,
que mis delitos anteriores labo!

MARIA. ¡Mi amor no es para usted. Cada momento
que pasa doblemente le abomino:
antes la muerte recibir consiento
que compañera ser de un asesino!

DIMAS. Pues guerra entre los dos.

MARIA. No me amedrenta.
El cielo sabe la inocencia mia.
El, que salva á la flor de la tormenta,
que pone lindes á la mar bravia,
que hace saltar el agua de la roca,
que á todas partes bondadoso alcanza,
que no desoye nunca al que le invoca
me librará de usted y su venganza.

DIMAS. Presto en la lucha quedarás vencida.
(Desde la ventana.)
Ven. ¿Distingues soldados allí enfrente?
Si llegan á subir eres perdida,
y una señal aguardan solamente.
Si en huir no consientes á mi lado
la voy á hacer... ¡responde!
(Cojiéndola de la mano.)
¿Nada dices?

MARIA. *(Rechazándole.)*
¡Socorro!

DIMAS. Sola estás.

MARIA. ¡Atrás, malvado!

DIMAS. *(Yendo hácia la puerta.)*
Marchemos pues.

MARÍA. Socorro.

FERMIN. *(Entrando.)*
Muy felices.
(Don Dimas queda aterrado. Tanto este como María quedan inmóviles á la aparicion de Fermin.)

ESCENA VIII.

Dichos.—FERMIN.

MARIA. (*Con alegría.*)
¡Ah!
DIMAS. (*Aparte con despecho.*)
¡Suerte fatal!
FERMIN. (*Mirándolos alternativamente.*)
¿Qué es esto?
¿Quién es el que aquí gritaba?
Vamos... ¿Se han quedado ustedes
convertidos en estátuas?
DIMAS. Tranquilízate; la pobre
María, sin descanso se halla.
Me contaba los destrozos
que están haciendo las llamas,
y cuando has llegado tú
me esforzaba por calmarla.
Adios.
(*Aparte á María.*)
Tu resolucion
vuelvo á saber sin tardanza.
¡Desventurada de ti!
¡Ay, si de engañarme tratas!

ESCENA IX.

Dichos, menos DON DIMAS.

MARIA. (*Corriendo á la puerta con la mayor ansiedad y esperando á que se aleje don Dimas.*)
¿Adónde se encuentra Eduardo?
FERMIN. Viene huyendo: le acompaña
el padre Gabriel: aquí
debe llegar pronto.

MARIA. *(Precipitadamente.)*
Anda,
avísales que no vengan:
ese hombre en su ciega rabia
quiere entregarnos á todos:
en inteligencia se halla
con los enemigos.

FERMIN. ¡Pícaro!
¡No en valde yo sospechaba!
(Queriendo marchar.)
Déjeme usted, si le cojo
le voy á romper el alma.

MARIA. *(Suplicándole.)*
No pierdas tiempo.—De paso
le dirás que suba á Marta:
yo tambien quiero con ella
alejarme... el tiempo pasa,
corre.

EDUARD. *(Entrando con el padre Gabriel.)*
María.

MARIA. ¡Cielo santo!
¡Estás perdido!

ESCENA X.

Dichos.—EDUARDO.—EL PADRE GABRIEL.

GABR. *(A Eduardo.)*
Cachaza.
Quítese usted ese traje
y póngase usté esta capa.
(Dándole la capa y quitándole el capote.)

EDUARD. Serénate: más tu pena
que mis riesgos me acobarda.

MARIA. *(Yendo á la ventana. Fermin observando desde la puerta.)*
¡No nos queda salvacion!

GABR. ¿Por qué perder la esperanza?
(Quitándole la gorra de cuartel y dándole la boina de Fermin.)

Deje usté esa gorra.

MARIA. ¡Ya han penetrado en la casa! ¡Es tarde!

GABR. (*Abriendo la segunda puerta de la derecha.*) No, por aquí existe una puerta falsa que dá al cementerio.

EDUARD. (*A María.*) ¡Adios!

MARIA. ¡Adios!

ESCENA XI.

Dichos, menos EDUARDO.

MARIA. (*Al padre Gabriel.*) ¿Y mi padre?

GABR. Se halla de las tropas de la reina prisionero. Tu desgracia es mayor de lo que piensas.

MARIA. Vamos á verle.

GABR. Repara el peligro á que te espones.

MARIA. De nada me importa nada. Sígame usted... ¡por piedad! ¡Compadezca usted mis lágrimas!

GABR. ¿Pero qué puedes hacer?

MARIA. Arrodillarme á sus plantas, que me perdone...

GABR. (*Marchando con Maria por la misma puerta por donde se fué Eduardo.*) Bien, vamos. ¡Dios nos guie!

ESCENA XII.

FERMIN.—*Luego* SANTIAGO.—MARTA.—TAMBOR.—
SOLDADOS CARLISTAS.

FERMIN. ¡Pobre muchacha!
Me dá lástima... ¡Y á mí
me han dejado en la estacada!
Pues no me acomoda...
(Viendo aparecer los soldados por el fondo.)
¡Diablo!
El disimulo me valga.
(Echándose encima del arca.)
SANTIA. *(A los soldados.)*
Idlo rejistrando todo.
En sangrientas represalias
de los nuestros que de ser
sorprendidos ahora acaban,
en viéndole fuego en él.
(Algunos soldados suben al granero, otros se retiran por el fondo y otros se quedan.)
MARTA. ¡Pero si doy mi palabra!
SANTIA. Aquí le vieron entrar.
Las señas están exactas.
Capote gris, gorra azul:
y es indudable que se halla
todavia... ¿Quién es ese hombre?
MARTA. Fermin...
TAMBOR. *(Sentándose sobre el tambor.)*
Es del pueblo.
SANTIA. *(A Fermin dándole con el fusil.)*
Habla.
¿Has visto pasar alguno?
FERMIN. *(Bostezando.)*
¡Aaaa! ¿Qué? Yo no he visto nada.
SANTIA. ¿Y qué haces aquí?
FERMIN. *(Finjiéndose tonto.)*
Durmiendo.
SANTIA. ¿A qué has venido?

FERMIN. (*Sentándose.*)
¡Caramba,
qué es curiosidá! He venido...
¡porque me ha dado la gana!
SANTIA. (*Amenazándole.*)
¡Eh!
FERMIN. Nunca he sido valiente,
supe que á tiros andaban...
(*Bostezando.*)
¡Aaaa! ¡Qué sueño!... He visto arder
desde lejos mi cabaña,
y me he dicho: »Soy un hongo,
no tengo primos, ni hermana,
ni hacienda, ni de comer,
ni amigos, ni novias... ¡hala!
Me voy á casa del cura
que es el padre de las almas...
SANTIA. (*Interrumpiéndole.*)
Tienes de ser un bribon
de mucha cuenta la traza.
FERMIN. (*Riendo simplemente.*)
Así, así.
SOLD. 1.° Por allá arriba
solo hay un chico. Acaso anda
por dentro...
SANTIA. (*Entrando por la primera puerta de la derecha.*)
Tengo de hallarle
aunque la tierra minára.
(*Le siguen Marta y los soldados.*)

ESCENA XIII.

FERMIN.—TAMBOR.

FERMIN. (*Despues de reflexionar, haciendo que se vá á marchar, y bostezando.*)
¿Te quedas tú por aquí?
TAMBOR. (*Bostezando tambien.*)
Estoy cansado.
FERMIN. Si tratan

de reconocer la huerta,
los cercados y las cuadras
para rato tienen....
(Despues de una pausa.)
Mira,
(Indicándole la carabina.)
deja por ahí esa carga
y ven conmigo á beber
si quieres.

TAMBOR. Trae dos jarras
y es mejor.

FERMIN. *(Bostezando.)*
Nos puede ver
luego cuando vuelva el ama.
¡Es el chacolí mas rico
y espirituoso!...

TAMBOR. *(Bostezando.)*
Voy.

FERMIN. Anda.
(Entran por la puerta del fondo.)

ESCENA XIV.

ANDRES.

(Sacando la cabeza por la puerta del granero.)
¡Ya no hay ninguno! ¡Cuidado
que son gente campechana
estos militares! ¡Cuándo
me pondré yo la casaca!
No era esta mala ocasion,
si yo me determinara
á presentarme, y decir:
»Aquí hay otro.»
(Bajando la escalera.)
¡Pecho al agua!
(Reparando en el tambor.)
¡Un tambor!
(Con alegría.)
Esta es la mia.

(Cojiéndolo.)
Me le acomodo en la espalda,
y en cuanto me halle en el campo
voy á tocar generala.
(Váse por el fondo.)

ESCENA XV.

FERMIN.

Mientras queda entretenido
vengo á ver...
(Asomándose á la ventana.)
Tienen tomada
la salida principal
y nadie por ella pasa.
(Mirando por la primera de la derecha.)
Siguen registrando. Bien.
(La cierra.)
Cerremos. La puerta falsa
es mi salvacion.
(Cojiendo la carabina.)
Me largo
con bagajes y con armas.
(Al tiempo de acercarse á la segunda puerta de la derecha se abre esta, él se coloca detrás de ella.)

ESCENA XVI.

Dicho.—DON DIMAS.

DIMAS. *(Furioso.)*
¡Con razon lo sospechaba!
Se han ido por este lado.
(Gritando y dirigiéndose al fondo.)
¡Por aqui!

(Viendo á Fermin que se le pone delante apuntándole con la carabina.)
¡Oh!

FERMIN. ¡Ni una palabra!
(Viendo que hace un movimiento.)
¡O disparo!

DIMAS. *(Sacando monedas de los bolsillos.)*
¡Toma!

FERMIN. *(Bajando la carabina.)*
¡Vaya!
De este modo ya varía.
(Apuntándole de nuevo.)
¡Encomiende usté á Dios su alma!
¡A la una! ¡A las dos! A...
(Aparte reparando en el capote de Eduardo y bajando la carabina.)
Mas
si por el otro le cazan
es mejor... feliz idea
(Alto.)
Quítese usté esa sotana.

DIMAS. ¿Para qué?

FERMIN. Para algo, vamos.
(Apuntándole.)
O si no... Al momento.

DIMAS. *(Aparte.)*
¡Oh rabia!

FERMIN. *(Señalando el de Eduardo.)*
Póngase usté ese capote.

DIMAS. ¡Miro tu intencion malvada!
(Con energia.)
No.

FERMIN. O disparo.
(Don Dimas se pone el capote.)
Ahora esa gorra
de cuartel.
(Don Dimas se la pone.)
¡Soberbia facha!
Eche usted hácia la calle.

DIMAS. *(Con el mayor terror.)*
¡A matarme van!

FERMIN. ¡En marcha!
(Don Dimas marcha temblando. Fermin sigue

apuntándole siempre desde la puerta del fondo.)
Desde la puerta le apunto
y luego por la ventana.
Como suelte usted un grito
le suelto yo una descarga!
¡Adelante! ¡Asi! ¡Adelante!
¡Y no vuelva usted la cara!
Ya se aleja.
(*Abriendo la segunda puerta de la derecha.)*
¡Ahora quisiera
tener en las piernas alas!
(Se oye una descarga y poco despues un tambor tocando llamada.)
(*Parándose.*)
¡Pobrecillo!
(Yéndose.)
Se marchó
al infierno en cuerpo y alma.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campamento: una gran tienda de campaña ocupa el centro del teatro: varios centinelas la custodian: grupos de soldados y paisanos van y vienen en distintas direcciones.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO.—EL CAPITAN, *dentro de la tienda.*—OFICIALES. SARGENTO.—CABO.—SOLDADOS.—PUEBLO.

SARG. *(En un grupo al cabo.)*
¡Como Dios no quiera hacer
por nosotros un milagro
es totalmente imposible
que salvemos á Bilbao!

CABO. Mucho cunde el desaliento.

SARG. Se halla el general postrado
con aguda enfermedad;
hace un frio que nos helamos:
en el campamento hay muchos
que con traje de verano
se encuentran aun; sin víveres
semanas ha que pasamos;
hasta la fortuna adversa,
hoy mismo, por mas sarcasmo,
en la Ria á nuestros ojos
ha hecho naufragar dos barcos
que provisiones traian!
La resignacion de un santo
no pudiera sufrir mas
que lo que sufriendo estamos!

CABO. ¡Dicen que la division

que se está batiendo, acaso
será víctima!—He subido
á ver la accion desde ese alto
antes, y casi diezmada
estaba ya.

SARG. Pues es claro;
el único medio que hay
de poder aproximarnos
á la ciudad, es tomar
de Luchana el puente, y paso
abrirse entre el enemigo.

CABO. Pero el puente está cortado,
y mas de quince mil hombres
de ser atacado en caso
lo defenderán.

SARG. Ya se,
que es un delirio pensarlo.

CABO. Y con este temporal
ni uno solo lo contábamos.
¿Te quedas tú por aquí?

SARG. Estoy del preso encargado.

CABO. ¡Pobre hombre! su defensor,
segun parece, en salvarlo
toma empeño; ¡hace una hora
que está con él!...

SARG. Todo en vano:
la ley está terminante
y mandarán fusilarlo.
(Se confunden entre los grupos.)

OFIC. 1.° *(En otro grupo de oficiales.)*
¡Es la historia mas chistosa!...

OFIC. 2.° Cuéntala.

OFIC. 3.° Sí.

OFIC. 1.° ¡Figuraos
á don Dimas!—¿Conoceis
á don Dimas todos?

OFIC. 2.° ¡Harto!
Mientras fué provisionista,
nunca comimos pan blanco.

OFIC. 1.° ¡Dos leguas de aquí se encuentra
en un pueblo avecindado;
y segun susurran muchos,
con las tropas de don Cárlos,

igual que antes con nosotros
anda en contratas!...

OFIC. 2.º Al caso.

OFIC. 1.º ¡El caso es, que iba yo anoche
tranquilamente rondando,
cuando distingo á lo lejos
á uno correr desolado,
con capote gris y gorra
de nacional!—¡Le grito: Alto!
me acerco y reconocí
á don Dimas.

OFIC. 3.º ¿Qué?...

OFIC. 1.º Temblando,
el desventurado estaba,
muerto de frio y cansancio,
con lágrimas de coraje,
aquellos ojos de gato
que tiene tan pequeñitos
y relumbrantes, preñados.
—Sálveme usted por piedad—
dijo al verme, el pobre diablo;
tranquilizóse y despues
me contó el paso mas raro...

OFIC. 2.º ¡A ver!...

OFIC. 1.º Dice que se hallaba
en la habitacion rezando
del cura del pueblo; que
los carlistas allí entraron
en busca de un nacional
de Bilbao; que registrando
estaban la casa, y él
dispuesto á marcharse, cuando
en la sala penetró
un hombre; á boca de jarro
le apunta, le hace ponerse
el traje que os he pintado;
y le planta de patitas,
en menos que lo relato,
en la calle... Allí le ven
los que estaban apostados;
le sueltan un tiro, cae
de susto al suelo el cuitado;
dichosamente para él

cuando ván á examinarlo,
se oye un tambor que tocaba
llamada y le abandonaron.
Entonces echó á correr
y no parára en un año,
si con la punta del sable
al hallarle no le paro.

OFIC. 2.° ¡Soberbio!—¡Saber quisiera
quién fué quien le dió el bromazo!

OFIC. 3.° ¡Debe ser hombre de humor!

OFIC. 1.° Si lo que nos han contado
es verdad, el tal Dimas
merecia ser ahorcado.
¡Dicen que es el usurero
mas hipócrita y mas malo!...
—Si él sigue dando raciones
morimos envenenados.
(Se oye tocar llamada: todos los oficiales van á sus puestos.)

ESCENA II.

ANSELMO.—EL CAPITAN.

CAPIT. *(Levantándose.)*
¿Tiene usted mas que decirme?

ANSEL. Nada, señor capitan.

CAPIT. En breve, pues, el consejo
de guerra se reunirá.

ANSEL. Ya sé que no hay esperanza.

CAPIT. Usted no sirvió jamás,
en el enemigo bando.
Esto el delito atenuar
debe...

ANSEL. ¡Puse fuego al valle!...

CAPIT. ¡Pudo ser casualidad!
Una prueba es que entre ruinas
la casa de usted está.
¡La casa adónde yo mismo
encontré hospitalidad

no hace mucho!

ANSEL. ¡De la tropa
me he defendido además!...

CAPIT. En fin, yo siento en estremo
no poder á usté inspirar
mas confianza... Mi saber
limitado es por demas.
Pero si puede suplirlo
una inmensa voluntad
y el mas ardiente deseo
de poder á usted pagar
aquel supremo favor
por el que vivo quizás,
no dude usted que el consejo
su vida respetará.

ANSEL. ¡Gracias!... Si al padre Gabriel
me permitiesen hablar,
mi sentencia esperaría
con doble conformidad.

CAPIT. Precisamente, lo mismo
solicitando él está.

ANSEL. Entonces...

CAPIT. Le hablará usted.

ANSEL. El mi confesor será
en este trance.

CAPIT. Hasta luego.
(Estrechándole la mano.)
¡Valor!

ANSEL. No me faltará.
(Sale por el fondo: que vuelve á cerrarse como estaba.)

ESCENA III.

ANSELMO.

¡En breve la última hora
de mi vida á sonar vá!
El sol que los cielos dora,
su pura luz bienhechora
por última vez me dá.

—¡Horrible es estar luchando
con una muerte segura,
y otro recurso no hallando
ir el alma preparando
para que vuele á la altura!
Tender la postrer mirada
y no ver en rededor,
ni una sola sombra amada
que demande arrodillada
por nosotros al Señor.

ESCENA IV.

ANSELMO.—FERMIN.—SARGENTO.

FERMIN. (Cuanto mas lo reflexiono
me gusta el encargo menos.)
SARG. ¡Atrás!
FERMIN. Traigo pase.
SARG. A ver.
(Examinando el papel que le dá Fermin.)
Está bien.
FERMIN. (*Entrando en la tienda.*)
Lo que mas siento
es que no sé la manera
de empezar.—Señor Anselmo!
Señor Anselmo...
ANSEL. (*Levantando la cabeza.)*
¡Fermin!
¿Aqui tú?
FERMIN. En alma y en cuerpo.
La suerte me trae rodando,
y rodando al campamento
tambien.
ANSEL. Y vienes á verme?
FERMIN. No señor: vengo y no vengo.
Es mi señor quien me envia.
ANSEL. ¡Eduardo!... Oirte no quiero.
Vete, y dile de mi parte,
que puede estar satisfecho;
que ha deshonrado mis canas

y que por su causa muero.
FERMIN. ¡Señor Anselmo!
ANSEL. ¿No entiendes?
—Vete ya.
FERMIN. ¡Señor Anselmo!
—Una palabra no mas
y me marcharé al momento,
despues.—Mi pobre señor
está de tristeza lleno!...
ANSEL. ¿Otra vez?...
FERMIN. Y no hace ya
cosa alguna con concierto.
Habla solo por de dia;
de noche, como un murciélago
al campo sale: no toma
el necesario alimento,
¡y tiene tantas ojeras
como una doncella!—Temo,
que vaya pronto á parar
á Zaragoza ó Toledo.
—Hace un rato me ha llamado;
y con ambos ojos llenos
de lágrimas.—Vé á ver,—
me dijo,—al señor Anselmo!...
y dile de parte mia,
que si salvarle no puedo
á pesar de lo que estoy
para conseguirlo haciendo,
que puede espirar tranquilo,
que soy digno de su afecto!...
ANSEL. ¡Miserable!...
FERMIN. Que en mi contra
parece que los infiernos
se han conjurado; que nunca
le ofendí ni en pensamiento,
que tambien sufro... y soltó...
un suspiro como un trueno.
ANSEL. ¿Has acabado?
FERMIN. Acabé.
ANSEL. Marcha pues.
FERMIN. ¿Y no le llevo
ninguna respuesta...
ANSEL. No;

hallarme solo deseo;
para morir cual cristiano
irme disponiendo debo,
y oyendo hablar de ese hombre
arde en soberbia mi pecho!...

FERMIN. Para aborecerle asi,
qué hizo?...—Tambien silencio
guarda él cuando le pregunto.

ANSEL. ¡Adios!

FERMIN. ¡Adios! (*Aparte.*) Para esto
no sirvo...

ANSEL. Di á mis amigos
me encomienden en sus rezos;
¡que me perdonen á mí
como á los que me ofendieron
perdono!...

FERMIN. Yo ese perdon,
de parte de usted acepto.

ANSEL. Tú jamás me has hecho daño.

FERMIN. Si no directo indirecto.
Me remuerde la conciencia,
la verdad... y ya que tengo
ocasion de confesarlo,
francamente lo confieso.
—Le he robado á usted.

ANSEL. ¡Tú!

FERMIN. ¡Si!...
si no robar, poco menos.
Anoche cuando á salir
me determiné del pueblo,
y con don Eduardo unirme
de voluntario al ejército,
pensé en hacer provisiones
para el camino... no tengo
mucha virtud... ¡Soy gloton!...
Cerca estaba el gallinero
de usted... y salté la tapia.

ANSEL. ¡Anoche!...

FERMIN. (*Aparte.*)
¡Me causa miedo!

ANSEL. ¿Y saliste de tu casa...
y Eduardo?...

FERMIN. Sé quedó dentro

preparándose á partir.

ANSEL. ¡Eras tú!... Todo lo veo;
perfectamente convienen
las señas todas.

FERMIN. No entiendo...

ANSEL. Chaqueta, morral.—¡Oh! ¡Gracias!
¡Dios mio! en tus altos misterios,
me quieres dar al morir
este inefable consuelo.

FERMIN. Pero...

ANSEL. ¡Fermin! vas á hacerme
un gran favor.

FERMIN. Lo prometo.

ANSEL. Ten presente que es la súplica
de un moribundo. El consejo
cuando concluya, una carta
te entregaré; vé corriendo
á la línea sitiadora
de Bilbao, busca algun medio
de ver á mi hijo Santiago,
y dásela.

FERMIN. Juro hacerlo,
lealmente, y callar y... adios...

ANSEL. Adios.

FERMIN. Desgraciado viejo.
(Srle de la tíenda.)

ESCENA V.

ANSELMO.—EL PADRE GABRIEL, *por el fondo de la tienda.*

GABR. *(Abrazándole.)*
¡Anselmo!

ANSEL. ¡Padre Gabriel!

GABR. Es preciso conformarse
con la voluntad divina.
¡Su misericordia es grande!

ANSEL. La hora dirá el consejo
en que ha de correr mi sangre.

GABR. ¡Nada en la tierra sucede

que no haya Dios previsto antes!
Desde que á llorar venimos
á esta mansion de pesares,
bajo las leyes estamos
de sus juicios inmutables.
¡Si á los ojos de usted, hoy,
las puertas eternas se abren,
bendiga usté una sentencia
que de la vida al sacarle,
frente á frente le coloca
de ese cariñoso padre;
de ese juez tan sabio y justo,
de ese monarca jigante,
á cuyo acento solemne
se amansan los huracanes,
las montañas se desploman,
y los mundos se deshacen!

ANSEL. No es el temor de la muerte
el que mi espíritu abate;
tranquilo la esperaría
sin dar de dolor señales,
si en la dicha de mis hijos
pudiera al menos gozarme.

GABR. A uno de ellos, á María,
la calumnia mas infame
la persigue, créame usted;
mis lábios mentir no saben.

ANSEL. ¡Ya lo sé!...

GABR. ¡En su hermosa frente,
brilla el candor de los ángeles,
la pureza de las vírgenes,
la inocencia de los mártires!

ANSEL. ¡Hija de mi corazon!
¡Y he de morir sin que bañen
mis lágrimas tus cabellos,
sin que mis brazos te enlacen!...

GABR. Dios es justo.
(Levantando el lienzo del fondo; María se precipita en brazos de su padre.)

ESCENA VI.

Dichos.—María.

Maria. ¡Padre mio!
Ansel. ¡María!
Gabr. ¡No desampares,
Señor, á estos desgraciados!
Maria. No es un sueño.
Ansel. ¿Pero qué haces?
Maria. ¡Deje usted que arrodillada
su noble perdon demande!
Ansel. ¡Ya sé que estás inocente;
que puro tu pecho late,
y esto me basta, hija mia!
—¿Por qué de mí te alejaste?
Maria. ¡Padre mio!
Ansel. ¡Seca las lágrimas,
que marchitan tu semblante,
y alza la frente serena!
¡Quiero en tus ojos mirarme!...
Perdóname que de tí
un momento sospechase.
(*Se oye un redoble de tambor.*)
Maria. Ese tambor...
Ansel. (*Aparte.*)
¡A sus ecos
siento el corazon ahogarse!...
Maria. Su mano de usté está trémula!...
Ansel. ¡Cómo he podido olvidarme!...

ESCENA VII.

Dichos.—Sargento.—Un piquete de soldados *por el fondo.*

Maria. ¿Qué significa?...
Sarg. El consejo
está ya reunido.
Ansel. Dadme

fuerzas, Dios mio!

MARIA. Pues qué,
¿van acaso á sentenciarle?

ANSEL. Pronto volveré á tus brazos.

MARIA. No, no; usted quiere engañarme.

ANSEL. ¡Pero hija mia!..

MARIA. Es que intento
seguir á usté á todas partes!...

ANSEL. No es posible!

MARIA. Asirme á usted
como la yedra á los árboles;
y ya nos esperen bienes,
ó nos circunden los males,
partir con usted la suerte
que el destino nos depare.

SARG. Yo siento mucho, señora...

MARIA. Me va usté á argüir en valde:
no habrá poder en el mundo
que de sus brazos me arranque!

SARG. Está aguardando el consejo.

MARIA. Y ¿qué me importa que aguarde?
—Mi padre no es delincuente;
que juzgue á los criminales.
—¡Vosotros, nobles soldados,
vosotros que haceis alarde
de defender una causa
tan sacrosanta y tan grande,
que blasonais de valientes,
que os proclamais liberales;
¿cómo en un débil anciano
consentireis que se ensañen?
¡Imposible! ¡En vuestros pechos
fuertes corazones laten!
á empresas mas arriesgadas
preparad vuestro coraje.
Bilbao está pereciendo,
en sus derruidas calles
cual nunca tenaz asoma
su pálido rostro el hambre.
Mirad cómo se defienden
sobre las ruinas exánimes,
cuantos esperan en vano
que vuestro arrojo les salve!

Corred á partir con ellos
los laureles del combate,
pero calmad mi agonía;
pero á mi padre dejadme!
Oh! ¡Dios mio!
(Cae desmayada.)

GABR. *(Sosteniéndola.)*
Se desmaya...

ANSEL. Hija del alma!—Llevadme
que no la vea sufrir.
(Sale por el fondo seguido del sargento y los soldados.)

GABR. *(Al pueblo.)*
Sacadla de estos lugares,
antes que del tribunal
la triste mision acabe!

MARIA. *(Volviendo en sí.)*
¿Quién me sujeta las manos?
compadeced mis afanes!

GABR. ¡Vamos!

MARIA. Dejadme...

GABR. Ven!..

MARIA. *(Como acometida de una idea, yendo por la derecha.)*
¡Ah!
Sí, sí; yo quiero salvarle!

ESCENA VIII.

Dichos, menos MARIA.

GABR. El dolor la vuelve loca,
y yo no puedo alejarme
de este sitio!.. Voy á ver
á su desdichado padre.
(Sale por el fondo.)

ESCENA IX.

OFICIALES, 1.°, 2.°, 3.°

OFIC. 1.° ¿En qué parará esta broma?
OFIC. 2.° En lo que otras han parado:
en que será fusilado
á la falda de esa loma.
OFIC. 1.° ¿Y por supuesto...
OFIC. 2.° Al instante;
estas cosas en caliente.
OFIC. 3.° Ya está apostada la gente.
OFIC. 1.° No hay cosa que mas me espante,
que mas me imponga y me asombre,
que ver esa indiferencia
con que el tribunal sentencia
á la última pena á un hombre.
OFIC. 2.° Pues algunos hemos visto
en el trance que ese está.
OFIC. 1.° ¿Y qué se conseguirá
con fusilarle? ¡Por Cristo!...
estas represalias viles
hacen brotar tanta saña,
que nunca se verá España
libre de guerras civiles.
¿Para qué del padre anciano
herir la arrugada frente
si en otro ser inocente
se venga el hijo inhumano!
—¡El sistema del terror!...
—¡Recurso siempre cobarde!
¿No hace el enemigo alarde
de fiereza y de valor?
Pues bien; si entre la aspereza
de esos montes le encontramos,
alarde como él hagamos
de valor y de fiereza!
—No haya en la ruda batalla

ni un resto de compasion.
Ruja sin tregua el cañon:
barra miembros la metralla.
Cada cual defienda fiel
su bandera, y luche ciego!
En tanto que dure el fuego
á nadie se dé cuartel!
Pero lejos del horror
del combate concluido,
¿por qué en el pobre vencido
se ensangrienta el vencedor?
Dejadlo envidiar la gloria
llorando su infausta suerte,
y no enlodeis con su muerte
el laurel de la victoria.
(Eduardo entra en la escena.)

ESCENA X.

Dichos.—Eduardo.

Ofic. 3.° ¡Por el viejo te interesas!
Ofic. 1.° ¿Y cuál su delito ha sido?
Ofic. 2.° Deja un valle reducido
únicamente á pavesas.
Ofic. 1.° ¿Y quién fué de su furor
el objeto lamentable?
Ofic. 3.° Yo lo ignoro.
Ofic. 1.° Un miserable,
que le ha robado su honor.
Eduard. *(Aparte.)*
Qué escucho.
Ofic. 1.° Y bien, dí; ¿qué harias
en tu ira loca, insensata,
al ver que un vil te arrebata
la prenda que mas querias?
De mi enojo en lo profundo,
si tal á mí me pasára,
no un solo valle incendiára,
incendiára todo el mundo.

OFIC. 3.° ¿Y quién ha podido?..
OFIC. 1.° Mengua
es el tener que escucharlo!
OFIC. 2.° Su nombre!...
OFIC. 1.° Debo callarlo:
no mancho con él mi lengua.
EDUARD. *(Aparte.)*
¡Oh! esto es ya demasiado!
(Al oficial.)
Perdone usted mi imprudencia,
pero oí con impaciencia
la historia que usté ha contado.
—Debe haber algun error...
—¿Quién puede ser tan villano
que le arrebate á un anciano
el tesoro de su honor?
OFIC. 1.° Quien de tan fácil victoria
por hacer tal vez alarde,
ha abandonado, cobarde,
el camino de la gloria!
Quien no comprende lo santa
que es la mision del mortal,
que el sólido pedestal
de la libertad levanta!
El que en su afan por vivir,
deja de Bilbao las ruinas,
y entre estas altas colinas
viene su infamia á cubrir.
EDUARD. Caballero!...
OFIC. 1.° Es muy probable
circule de lengua en lengua
su nombre ya, para mengua
del desertor miserable.
EDUARD. ¿Y usted se atreve á creer?...
¿Quién inventar ha podido?...
El que en Bilbao ha nacido,
no puede cobarde ser.
Solo un vil calumniador
es capaz de asegurar
que se ha podido encontrar
en sus muros un traidor.
Todos bravos y leales
lidian por su patria fieles;

todos conquistan laureles,
que todos son liberales!
Pensar es intento vano
que quepa tal villania
en quien ciñe un solo dia
la espada de miliciano.

OFIC. 1.° Yo sé cual cosa segura
que se hallan en Bilbao mismo,
maldiciendo su egoísmo.

EDUARD. Alguna vil impostura.
Yo haré que muy pronto brillen
de la verdad los fulgores,
y que los calumniadores
ante la verdad se humillen.

ESCENA XI.

Dichos, menos EDUARDO.

OFIC. 1.° Cosa mas particular.

OFIC. 2.° ¡Con qué calor se espresaba!

OFIC. 1.° ¿Vosotros le conoceis?

OFIC. 3.° No.

OFIC. 2.° Tampoco.

OFIC. 1.° ¡Es cosa rara!
Es preciso averiguar...

OFIC. 2.° ¿Y quién demonios le alcanza?

OFIC. 3.° Va hácia el cuartel general.
(Tocan llamada.)

OFIC. 2.° ¿Escuchais? Tocan llamada.

OFIC. 3.° Se conoce que el consejo
ha terminado la causa.

OFIC. 2.° Vamos á ver qué sentencia...

OFIC. 1.° Le fusilan: cosa es clara.
(Van á sus puestos.)

ESCENA XII.

DON DIMAS.—SANTIAGO *vestido de paisano.*

SANTIA. ¿Usted le conoce bien?
DIMAS. Hizo una casualidad
que le descubriese.
SANTIA. Anhelo
matarlo!
DIMAS. Le matarás.
SANTIA. Por él á mi pobre padre
la vida van á quitar.
DIMAS. Por él, tu hermana querida
huye y sin honor está.
SANTIA. ¡Le aborrezco con el alma!
DIMAS. Pero él te ha ofendido mas.
SANTIA. Yo me vengaré cruelmente.
DIMAS. ¡Nada, nada de piedad!
—Nos observan; vámonos.
Te juro que le has de hallar
antes que tornes al puente
donde los tuyos están.
—Reconocerte pudieran.
SANTIA. ¿Qué importa?
DIMAS. Ya volverás:
(*Se confunden entre los grupos.*)

ESCENA XIII.

OFICIALES 2.°, 3.°—*Despues* EL 1.°

OFIC. 3.° Vaya un momento cruel:
me está abrasando la rabia.
OFIC. 2.° Antes de ver esa escena
tan repugnante y tan bárbara,
quisiera servir de blanco
á una descarga cerrada.

Ofic. 1.° ¡Noticias, señores!
Ofic. 2.° ¿Qué hay?
Ofic. 1.° La division que se estaba
batiendo, víctima ha sido
de una fatal emboscada.
Por los contrarios al borde
conducida de una zanja,
donde un batallon navarro
escondido se encontraba,
á cientos nuestros valientes
han perecido, y aun se hallan
cercados por todas partes
vendiendo sus vidas caras.
A casa del general
los gefes que los mandaban
ahora han llegado, á decirle
su suerte desesperada.
Ofic. 2.° Ir á vengarlos debemos.
Ofic. 3.° Es imposible que salga
nadie de aquí en su socorro.
Ofic. 1.° ¿Quién en el tiempo repara?
Ofic. 3.° Si salimos nos quedamos
esta noche en la batalla,
arrollados por la nieve
del temporal que amenaza.
Ofic. 2.° ¿Y nos lastima de ese hombre
la estrella desventurada?
¡Cuando los nuestros están
pidiendo á voces venganza!
Ofic. 1.° ¡Pero venganza en el campo
del honor y cara á cara!
—Por saber qué ocurre, el fuego
de la impaciencia me abrasa:
nuestra division perdida
un triunfo grande reclama.
—El general me oirá,
cual la mia hay cien espadas
que dispuestas á lidiar
les asesina la calma.
(Se vá precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA XIV.

Dichos, menos el OFICIAL 1.º

OFIC. 3º ¡Este será siempre loco!
(Se oye un redoble.)
OFIC. 2.º Quizá razon no le falta;
pero este redoble indica
que ya el reo pronto se halla.
OFIC. 3.º ¡Qué resignado que vá!
OFIC. 2.º ¿Y qué haremos?
OFIC. 3.º Agrupada
junto al cuartel general
multitud inmensa se halla.
OFIC. 2.º Curiosos que saber quieren
las noticias desgraciadas.
OFIC. 3.º No, no es eso; un ayudante
sobre un caballo se lanza
y sale... ¿qué significa?
OFIC. 2.º Pues hácia aqui se adelanta.
OFIC. 3.º Es seguro que al instante
se vá á empezar la jornada.
OFIC. 2.º Sin duda; pero no; mira:
ya entra en el cuadro.
OFIC. 3.º Se para.
OFIC. 2.º Agita un pañuelo blanco.
PUEBLO. (*Dentro.*)
¡El perdon! ¡el perdon!
OFIC. 2.º Vaya,
al fin de la fiera muerte
el desdichado se escapa.
(Ruido de tambores.)
Pero este rumor...
OFIC. 3.º No entiendo.
OFIC. 2.º ¡Oye, tocan generala!
(Desde este instante se observa un grande movimiento en todo el campamento. El toque de generala se repite por todos los batallones, perdiéndose poco á poco hasta concluir el acto: van y vienen soldados que se supone acuden á sus puestos.)

ESCENA XV.

Dichos.—Oficial.

Ofic. 1.° ¡Amigos: llegó el momento
de ver nuestro ardor marcial!
Ofic. 2.° ¿Qué dices?
Ofic. 1.° Del general,
vengo del alojamiento.
Hoy como nunca postrado
por su enfermedad yacía,
cuando la noticia impía
nuestros gefes le han llevado.
Mas sin reparar en nada,
y sin quererles dejar
que acabasen de contar
la desastrosa jornada,
lleno el corazon de enojos
salta furioso del lecho,
el fuego que arde en su pecho
revelando por los ojos.
—»¡A caballo! ¡A la pelea!»—
grita con acento rudo,
y el limpio acero desnudo
en su mano centellea.
—»¡Decidles á mis valientes,
que cuando salgan triunfantes
no habrá laureles bastantes
para coronar sus frentes!
¡Que de la patria el destino
se juega en este azar fiero!
—¡A Bilbao! ¡Yo el primero
les enseñaré el camino!—
—¡Y en pago de la traicion
del enemigo inhumano...
concedo para ese anciano
que vá á morir el perdon!»—
—El ánimo á la ansiedad

sucede en el campamento.
—Sonoros pueblan el viento
vivas á la libertad.
¡Y no hay quien no se apresure
su noble ejemplo á seguir
y que vencer ó morir
con el general no jure!
¿Quién á nuestro arrojo fiero
poner límites podria
si la libertad nos guia
y nos conduce Espartero?...

TODOS. ¡Bravo!...

OFIC. 1.º ¡La lid nos espera!
¡Gloria vamos á ganar!
Si él nos, lleva conquistar
podremos la Europa entera!

ESCENA XVI.

Dichos.— EDUARDO.—*Luego* SANTIAGO.

EDUARD. *(Con traje de voluntario. Deteniéndolos.)*
¡Señores! alto; un instante.
—El que dicen que ha dejado
la villa y ha desertado,
el que la mancha infamante
de cobarde aquí sufrió,
de Bilbao el nacional
que no combate leal
con sus hermanos, ¡soy yo!
De la suerte el curso vario
me aparta de sus trincheras,
mas sigo vuestras banderas
en clase de voluntario.
De las calumnias así
la torpe maldad se acalla,
Venga á verme en la batalla,
si alguno duda de mí.

OFIC. 1.º *(Le tiende la mano.)*
¡Bien!... nuestro amigo eres ya!

EDUARD. ¡Si hay quien de mi honor en mengua
diga algo, salga y la lengua
juro arrancarle!

SANTIA. *(Aparte á Eduardo saliendo de un grupo.)*
¡Aqui está!

EDUARD. *(Aparte á Santiago.)*
¿Quién eres que á perecer
así te lanzas osado?

SANTIA. Te aguardan...

EDUARD. ¡Me has insultado!...

SANTIA. Nos volveremos á ver.

EDUARD. Pero ha de ser pronto.

SANTIA. ¡Sí!

EDUARD. De toda piedad agenos.

SANTIA. A donde lo pienses menos,
me encontrarás junto á tí.

EDUARD. *(Volviéndose á los oficiales.)*
¡Ya suena el clarin guerrero!
¡Marchemos á la victoria,
que es nuestra gloria la gloria
del general Espartero!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una casa pobre construida sobre peñas ocupa el centro del teatro, que se hallará cerrado por dos altos paredones: una ventana á la derecha y otra á la izquierda. Puerta en el fondo: una ventana delante de ella, y el principio de la escalera que figura conducir al piso bajo. La escena estará alumbrada por un farol colgado del hogar, en el que habrá una grande hoguera. En el corto espacio que dejen ver el techo y los paredones de la casa, estará nevando.

ESCENA PRIMERA.

SOLDADOS *y* ANDRÉS *alrededor del fuego.*—SANTIAGO *apoyado en el borde de una ventana.*

SOLD. 1.° (*Entrando.*)
Bendita sea la hoguera!
SOLD. 2.° Lo malo es que ya se acaba.
SOLD. 1.° Eso solo nos faltaba.
ANDRES. (*Que se ha levantado al entrar el soldado* 1.°, *y con mucho temor.*)
Cuánto se lo agradeciera
si de la llama al calor
me dejara usté arrimarme.
SOLD. 1.° ¿Y adónde iré yo á sentarme?
ANDRES. Tengo de frio un temblor!
SOLD. 1.° Mal demonio se te lleve!
A ver si de aqui te alejas,
ó te froto las orejas
con un puñado de nieve.
ANDRES. (*Aparte.*)
Yo que creí tan sencillo
poderlo alegre pasar:

aun me va á hacer desear
la vida de monaguillo.

SOLD. 1.° ¿Murmuras?
ANDRES. ¿Yo?
SOLD. 1.° Como llores...
ANDRES. Es que...
SOLD. 1.° Si voy... ¡voto á Cristo!
ANDRES. (*Aparte.*)
Este hombre, segun lo visto,
les tiene odio á los tambores.
SOLD. 1.° (*Despues de haberse quitado el morral y apoyado el fusil en la pared del fondo.*)
La oscuridad vá en aumento,
la nieve la tierra alfombra
y en todas partes asombra
la fuerza que lleva el viento.
SOLD. 2.° Bien se le escucha bramar
á traves de esas troneras!...
SOLD. 1.° Qué dirias si vinieras
de oir al revuelto mar?
No parece en el mugido
de su ronco hervir eterno,
sino que todo el infierno
está en sus olas metido.
SOLD. 2.° Noche mas desesperada!...
SOLD. 3.° No faltará quien sin pena
la apellide noche buena.
SOLD. 1.° Mala piedra en vez de almohada
para el cómodo gloton
que ahora en su cama se encuentre
tras de haber llenado el vientre
de almendrada y de turron.
(*A Andrés que se pasea por el fondo.*)
—¿Te gusta á tí la almendrada?
ANDRES. (*Acercándose muy contento.*)
Y tambien el turron.
SOLD. 1.° (*Amenazándole.*)
¿Sí?...
Que no te acerques aquí...
ANDRES. (*Aparte.*)
Todo lo que hago le enfada.
SOLD. 1.° ¡Voto á Dios! y cómo hiela;
pero en fin, se encuentran otros

mucho peor que nosotros
y esto al menos me consuela.
(*A un soldado que estará sentado junto al fuego.*)
Dejadme tomar asiento;
arrima hácia aquí ese jarro,
y entre cigarro y cigarro
se irá la noche al momento.
(*Se sienta junto al fuego.*)

SOLD. 2.° ¿Qué prisa de ver tenemos
del alba la claridad?
Es noche de Navidad
y aprovecharla debemos.
A ver si el rescoldo arañas;
á falta de otro manjar,
la vamos á celebrar
con vino y estas castañas.
(*Sacándolas de los bolsillos.*)

SOLD. 1.° ¡Benditas sean!

SOLD. 3.° ¡Amen!

SOLD. 1.° Mejor regalo no pudo
darme el que se vió desnudo
en el portal de Belen.
(*A Andrés.*)
—Acércate aquí: ¿qué dudas?
¿te gustan?...

ANDRÉS. (*Con temor. Aparte.*)
¿Qué le diré?

SOLD. 1.° ¿Te gustan asadas, eh?

ANDRÉS. No, señor... me gustan... crudas.

SOLD. 1.° Entonces no comerás
porque se van á asar todas;
á ver se aqui te acomodas,
las asas y nos las das.
(*Se sienta á sus piés Andrés, y vá asando las castañas.*)
—¿Qué es eso, no tomas parte,
Santiago, en nuestra alegría?
Deja la melancolía
y ven aquí á calentarte.

SANTIA. No tengo frio.

SOLD. 2.° Feliz
del que decir eso pueda!

ANDRÉS. (*Aparte.*)
Por poco mas se me queda
hoy helada la nariz.
SOLD. 3.º ¿Beber no quieres?
SANTIA. Tampoco.
SOLD. 1.º ¡Y te precias de navarro!
—¡Vamos! alárgale el jarro.
SANTIA. Lo agradezco.
SOLD. 1º Tú estás loco.
—¿Qué tiene ese?
SOLD. 2.º No lo sé.
SOLD. 1.º ¿Te gusta el vino, tambor?
ANDRES. (*Aparte.*)
¡Si acertaré!...
No, señor.
SOLD. 1.º (*Amenazándole.*)
Bebe.
ANDRES. (*Cogiendo el jarro.*)
Bien...
(*Aparte despues de beber.*)
Pues lo acerté.
SOLD. 1.º ¿Qué puede, saber quisiera,
en noche tan inhumana,
tenerte en esa ventana
retirado de la hoguera?
SANTIA. No todos han de olvidar
el peligro que corremos.
SOLD. 1.º Esta noche bien podemos
á pierna suelta roncar.
SANTIA. Sabes la resolucion
de que puede ser dotado
un corazon entregado
á la desesperacion?
SOLD. 1.º Esos son cuentos de cuentos;
te afanas inútilmente;
no se lucha fácilmente
contra tantos elementos.
Borra de tu mente al fin
esas quimeras estrañas.
ANDRES. Que se queman las castañas!
SOLD. 1.º Pues á empezar el festin.
(*A Andrés.*)
—Ya has concluido tu oficio!

Aléjate ó te sacudo.

ANDRES. (*Aparte. Huyendo.*)
En toda la noche pudo
hacerme mejor servicio.
Sisada ya mi racion,
me viene como de perlas,
el retirarme á comerlas
en el mas hondo rincon.

SOLD. 1.º ¿Quién sabe, asi como asi
si mañana en hora mala
nos mandará alguna bala
á cenar lejos de aqui?
(*Comen y beben.*)

SOLD. 2.º A eso se espone el que busca
los azares de la guerra,

SOLD. 3.º Paciencia y morder la tierra.

SOLD. 1.º Sin embargo, es cosa chusca
el que en tanto que unos prueben
los azares que tú dices,
tocándose las narices
otros el premio se lleven.
¡Pero eso es ya de cajon!
—Para vivir y medrar;
no hay cosa como gritar
y esconderse en un rincon.
Luchar con arrojo es vano;
jamás el valiente medra;
la ciencia es tirar la piedra
y esconder luego la mano.
No es del que asalta las brechas
el fruto que Marte dá,
ha sido siempre y será
del que llega á sopas hechas.
(*Golpes en la puerta de la casa.*)

SOLD. 2.º Has escuchado llamar?

SOLD. 1.º Pues no es la hora del relevo.

SOLD. 3.º Tal vez habrá algo de nuevo.
(*Santiago se asoma á la ventana del paso.*)

SOLD. 2.º No abras sin averiguar...

SANTIA. ¿Quién?

DIMAS. (*Dentro.*)
Abre: soy yo, Santiago.

SOLD. 2.º Pero quien...

SANTIA. Le conocí.
SOLD. 1.º Y le vas á abrir así.
SANTIA. Si sabré yo lo que me hago.
(Desaparece por la escalera.)

ESCENA II.

Dichos, menos SANTIAGO.

SOLD. 1.º *(A Andrés que estará echado.)*
¡Hola! ya estás en caliente!
—Levántate, ó por quien soy...
¿Qué haces echado?...
ANDRES. *(Levantándose.)*
Si estoy...
dando aqui diente con diente.
SOLD. 1.º ¿Qué es eso? ¿estabas mascando?
ANDRES. ¡No señor!
SOLD. 1.º ¡Bonitas mañas!
¿nos has robado castañas?
ANDRES. ¡Vaya! se está usted chanceando.
SOLD. 1.º Abre la boca.
ANDRES. *(Abriéndola.)*
¿Asi?
SOLD. 1.º Mas.
ANDRES. Tener yo el atrevimiento!...
SOLD. 1.º Dios te libre...
ANDRES. *(Aparte.)*
Lo que siento,
es no haber cogido mas.

ESCENA III.

Dichos.—DON DIMAS.—SANTIAGO.

SANTIA. Vamos, descanse usté aqui.
DIMAS. Está espantosa la noche!
Amigos mios, los vientos
desencadenados corren
y entre la nieve que arrastran
se envuelven objetos y hombres!

—Por fortuna vine hoy cerca
á dejar las provisiones.

SOLD. 1.° ¡Buen pan! por supuesto...

DIMAS. Sí;
la Providencia os socorre.
No carecereis de víveres:
mi contrata renovóse,
y de que no os falte nada
mi probidad os responde.

SOLD. 1.° ¡Ojalá!

DIMAS. *(A Santiago.)*
Vengo en tu busca.
Las circunstancias conoces,
y he de volver á mi aldea
antes que la aurora asome.

SANTIA. Quédese usted con nosotros...

SOLD. 1.° Y la palabra remoje.

DIMAS. Gracias.—Quiero que me des
gente que hasta ella me escolte,
por si acaso algun obstáculo
á mi regreso se opone.

SANTIA. Corriente.

DIMAS. ¿Recibirias,
de tus gefes nuevas órdenes
hace poco?

SANTIA. No señor.

DIMAS. Estais vendidos. Entonces,
han interceptado el parte
que delante de mi dióse.
(Todos los soldados rodean á don Dimas.)

SANTIA. ¿Cómo?

DIMAS. Sí; en él te decian
que ni un momento abandones
este recinto, que en él
la vigilancia redobles,
y que avises si en la Ria
el ruido de remos oyes.

SANTIA. Con semejante borrasca...

DIMAS. Los designios no conoces
del enemigo: dispuesto
está para dar el golpe.

SANTIA. Lo sé; próximo á marchar
lo he dejado en sus cantones,

pero atacarnos no puede
con el temporal que corre.

DIMAS. Anhela tomar el puente
que es la llave de estos montes,
y que está á vuestro valor
encomendado esta noche.

SOLD. 1.º Esperará á que amanezca
para hacerlo...

DIMAS. No le imponen
al que vá tras de la muerte
los revueltos horizontes.
—¡Yo vi las barcas henchidas
de bizarros cazadores!
¡Yo oí sus cantos guerreros,
que sobre el viento veloces
iban poblando el espacio
de vivas y aclamaciones!
¡Su plan es desesperado!
¡El mismo infierno inspiróles
la idea de sumergirse
entre esos densos vapores,
para salir de sus senos
en destructoras legiones!
—¡Ay de vosotros, si altivos
la planta en la orilla ponen!
—¡Si logran llegar al puente
y lo pasan sus pendones,
en el fuerte de banderas
los mirareis vencedores,
y el fruto de tantos dias
perdereis de un solo golpe!

SANTIA. ¡Muchachos! Ya lo escuchais;
nuestro ardimiento se doble;
jamás han retrocedido
los vascongados leones.
Al primer tiro que suene,
al puente: ¡muro de bronce
nuestros fuertes pechos sean,
donde las balas se emboten!
(*Muestras de aprobacion en todos los soldados.*)

SOLD. 1.º ¡Bien dicho!

DIMAS. No á sembrar plomo,
como pensais, vienen; ¡óyeme!

Antes de entrar en la barca
el General, arengóles:
Espartero, que olvidando
por su causa, sus dolores,
salta del lecho al caballo
y ante sus tropas se pone.
—¡Para nada os hace falta,
—les dijo—las municiones!
Sorprended al enemigo
en sus reductos traidores.
Vuestras duras bayonetas
en sus entrañas se emboten,
y sea el primer disparo
salva que el triunfo pregone.—
—El fuego de sus acentos
penetra en sus corazones,
y hasta el triste moribundo
sofocara sus clamores.

SANTIA. ¡Que vengan!—¡Los esperamos!
¡En tanto que le custodie,
por el puente de Luchana
no pasarán!...

DIMAS. *(En la ventana.)*
Nada se oye.
Solo el agua de la Ria
choca con los paredones
de esta casa.

SOLD. 1.° No es mal salto.

SOLD. 2.° Pues por allí es mas enorme.

SOLD. 1.° Para el que quiera estrellarse
la proporcion es de molde.

DIMAS. Ya que prevenido estás,
me marcho.

SANTIA. *(Al soldado 1.°)*
Tres mozos coje,
y pasa con él la línea.

ANDRES. *(Aparte.)*
Me alegro que á este le toque.

SOLD. 1.° Chiquillo, dame el fusil.

ANDRES. Si no sé...

SOLD. 1.° ¿No le conoces?...
(Cogiendo el fusil.)
Ya te enviaré el ingenio

para que no seas torpe.

ANDRES. (*Aparte.*)
Permita Dios que se hiele.

DIMAS. (*Aparte á Santiago.*)
Si aun germinan los rencores
en tu corazon; si anhelas
de la venganza los goces
y la sangre del villano
quieres que tu afrenta borre,
descarga en la fiera lucha
tu acero con rabia doble,
y el cielo hará que su frente
sea blanco de tus golpes!

SANTIA. ¡Oh! ¡no escapará con vida
si en mi senda se interpone!

DIMAS. (*Aparte.*)
El, tu padre, tú, María,
arrostrareis mis rencores.
El ángel malo seré
que á perderos os arroje.
(*Tendiendo una mirada sobre los soldados.*)
—Liberales y carlistas,
luchad cual tigres feroces:
la sangre que derramais
en oro viene á mis cofres,
y sois míseros juguetes
de mis bastardas pasiones.—
¡Adios, Santiago!

SANTIA. Si acaso
dificultades os ponen
las avanzadas, volved;
de esta luz los resplandores
os guiarán. Hasta mañana,
si Dios nos salva esta noche.
(*Se vá don Dimas acompañado del soldado 1.º y 2.º, y dos soldados mas; Santiago va con él hasta la escalera.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos Don Dimas, Soldado 1.º y 2.º

Andres. ¡Ay! ¡Ya puedo respirar!
¡Le temo mas que á un leon;
ya me puedo calentar,
y dormir como un liron!
No vi peores intenciones;
lo que es para estar con él,
prefiero los orejones
que me dá el padre Gabriel.
¡Y es mi sombra! adonde quiera
por mi desgracia le encuentro:
voy afuera, por afuera;
vuelvo adentro, por adentro.
Muy malo es para enemigo,
mas si ha de ser tan cruel,
antes que acabe conmigo
he de acabar yo con él.
¡En la primer chamusquina
si á quince pasos le veo,
le apunto mi carabina,
la descerrajo y laus Deo!
—¡No puede darse una cosa
mas sencilla: me le abraso,
pongo piés en polvorosa,
tiro el tambor y me paso!
—¿Ya se marchó mi paisano?
Santia. ¿Cómo no te ha conocido?
Andres. Me dí yo muy buena mano
para estarme allí escondido.
Santia. ¿Le temes acaso, ó qué?
Andres. No me dá muy buena espina;
ni sentiria que un pié
se le fuese en la colina.
¡Lo que en el alma sintiera
es que el miedo al aguacero,
otra vez nos le trajera!...
—Pájaro es de mal agüero.

SANTIA. ¿Esa aprension, en qué fundas?
ANDRES. No es aprension, no señor;
me ha pegado algunas tundas,
mas no es por eso el rencor.
¡Aunque tengo pocos años
estoy en esto tan ducho!
Dan solemnes desengaños
los hombres que rezan mucho.
SANTIA. ¿Y ese don Dimas rezaba...
ANDRES. Desde que la iglesia abria:
era el primero que entraba,
el último que salia.
Pero con todos sus rezos
y todas sus devociones...
—¡Dios nos libre de tropiezos
y de malas tentaciones!—
Estando yo encarcelado
ayer y muy de mañana,
despues de haberme zurrado
de lo lindo la badana,
oí en el cuarto contiguo
disputar con ansia fiera
con ese señor antiguo,
á una jóven...
SANTIA. ¿Y quién era?
ANDRES. Ya he dicho como me hallaba:
no veia, pero oia.
SANTIA. Y por la voz...
ANDRES. ¡No dudaba;
era la voz de María!
SANTIA. ¡De María!
ANDRES. La hija hermosa
del tio Anselmo el labrador,
transformada en dolorosa,
llena de angustia y temor.
SANTIA. ¿Y dices tú que se oia...
ANDRÉS. ¡La tremolina mas fiera!...
SANTIA. ¿Y don Dimas qué decia?
ANDRES. ¡Qué se yo!... que le quisiera.
SANTIA. (*Aparte.*)
¡Oh! ¡contener no me es dado
esta terrible ansiedad!
En todo lo que ha contado

hay un fondo de verdad...
—Pero este hombre... ¿Con qué intento...
—Tal vez muerta su esperanza...
—¿Si seré yo el instrumento
de alguna infame venganza?...
—¡Desde ayer como una sombra
le encuentro siempre á mi lado!
A cada instante me nombra
al que mi honor ha ultrajado.
—Ese afan con que pretende
servirme.—Su infamia toco...
y...—mi cerebro se enciende,
yo me voy á volver loco.

ESCENA V.

Dichos.—Soldado 2.º—Fermin *dando muestras de embriaguez.*

Sold. 2.º Anda aprisa ó te compongo.
Santia. ¿Qué es eso?
Sold. 2.º ¡Que traigo pesca!
Por lo que dice, supongo
que vamos á tener gresca.
Santia. ¿De dónde vienes?
Fermin. El traje...
lo está diciendo: he traido...
un desesperado viaje.
Santia. Se conoce que has bebido.
Fermin. Sí, señor; yo no queria...
y un sargentazo me daba,
y la barca iba y venia,
y el ejército rodaba.
Yo les hacia reir
y ellos me hacian llorar,
que ellos querian morir...
y yo queria... triunfar...
Hasta que de ir y venir...
y cansado de empinar,
pensando echarme á dormir

me eché en la Ria á nadar.

SANTIA. ¡Oh! ¡no hay duda! ¡cerca están!...
Su plan está descubierto...

FERMIN. Pero no me matarán...
hace rato que estoy muerto.

SOLD. 2.º Tendido en tierra lo hallamos
á veinte pasos de aquí;
le hablamos, le registramos...

FERMIN. Lo que tenia les dí.

SOLD. 2.º Debe ser algun espía:
llevaba oculto un oficio.
(Dándoselo.)

SANTIA. *(Tomándolo.)*
¡Dádmele!

SOLD. 2.º Tal vez podria
darnos él algun indicio.

SANTIA. ¡Qué estoy mirando!... ¡A Santiago!
de mi padre... ¡qué me pasa!

SOLD. 2.º ¿Del prisionero qué hago?...
(Ruido de armas en la escalera.)

SANTIA. ¿Qué es eso?

SOLD. 3.º ¡Están en la casa!
(Aparecen por la puerta del fondo soldados de ambos partidos, luchando con arrojo.)

ESCENA VI.

Dichos.—SOLDADOS DE AMBAS PARTES.—OFICIAL 1.º—
Despues EDUARDO.

SANTIA. ¡A ellos, bravos compañeros!
no hagais del número caso.

OFIC. 1.º Apretad bien los aceros,
abrid por entre ellos paso.

EDUARD. *(Dominando la situacion.)*
¡Soldados, venid afuera
esta casa vá á caer!
Salga de ella quien no quiera
en sus ruinas perecer.
(Huyen unos y otros precipitadamente, y se reconocen Eduardo y Santiago.)

EDUARD. ¡Al fin te hallo en mi furor!
SANTIA. (*Corriendo hácia la puerta.*)
¡Oh!...
EDUARD. Ven ahora á decir
que á mi patria soy traidor.
—¡Huyes!
SANTIA. ¡No; no quiero huir!
(*Cerrando la puerta.*)
¡Demándale á Dios piedad!
—¿Ves la llave de esa puerta?
(*La arroja por una ventana.*)
EDUARD. ¡Ah!!!
SANTIA. La de la eternidad
los dos tenemos abierta.
—Ahora sable contra sable
y ahoga toda esperanza!...
EDUARD. ¡Oh!... ¿Qué has hecho, miserable?
SANTIA. ¡Asegurar mi venganza!
Así aunque al impulso osado
de tu ira inútil sucumba,
sé que bajas deshonrado
á ocupar mi misma tumba.
EDUARD. ¿Qué ofensa hacerte he podido,
para que así en mi carrera
te interpongas decidido
á morir como una fiera?
(*Riñen.*)
SANTIA. Pregúntale á tu conciencia
quién tiene el justo derecho
de arrancarte sin clemencia
el vil corazon del pecho.
¡Santiago soy! ¡la honra mia
por tí, manchada se vé!
—¡Soy hermano de Maria!
EDUARD. (*Retrocediendo.*)
¡Espera!
SANTIA. ¡Defiéndete!
SANTIA. ¡Nunca! su honor está puro.
EDUARD. ¡Mientes!
SANTIA. Escucha con calma.
—Está inocente, lo juro
por la salvacion de mi alma.
SANTIA. ¡Tu juramento desprecio!

EDUARD. ¡Que vas á sentirlo tarde!
SANTIA. ¿Presumes que soy tan necio
que busque fé en un cobarde?
EDUARD. ¡Santiago!
SANTIA. ¡Si no te bates,
te asesino sin piedad!
EDUARD. ¡Prefiero que asi me mates!
(Tirando el sable.)
—Por mí está ya en libertad
tu padre; si á verte llega
al fin llorarás tu error.
SANTIA. ¡Libre!...
EDUARD. Sí; la ira te ciega;
yo nunca ofendí su honor.
SANTIA. Si en este papel acaso...
(Sacando el papel que le quitaron á Fermin.)
—¿Por tí alcanzó su perdon?
—En impaciencia me abraso.
EDUARD. ¡Dios alumbre tu razon!
SANTIA. *(Leyendo.)*
«Te afanas inútilmente
en seguir al seductor.
Eduardo se halla inocente,
y María con honor.
Si le encuentras algun dia,
tiéndele la franca mano
y dále con alegría
el dulce nombre de hermano.»
(Eduardo le quita la carta, la lee para sí, y quedan un momento mirándose fijamente y en silencio.)
EDUARD. *(Abrazándole.)*
¡Hermano!
SANTIA. Perdóname:
nos pierde mi ceguedad!
¡Huye de mí... sálvate!
(Pegando en la puerta.)
EDUARD. ¡Ya es tarde!
SANTIA. ¡Fatalidad!
(Asomándose á la ventana de la izquierda.)
¡Aqui un abismo y la Ria!
EDUARD. *(Mirando por la de la derecha.)*
¡Aqui peñascos sombríos...

y á los pies la artilleria!

SANTIA. (*Retirándose de la ventana.*)
Los tuyos.
(*Mirando por la otra.*)
¡Oh! ¡aqui los mios!

EDUARD. Santiago, muerte por muerte
mejor que aqui como fieras
es desafiar la suerte
buscando nuestras banderas!
Lancémonos: si morimos....
nuestros cuerpos al hallar
no dirán que sucumbimos
sino despues de lidiar.

SANTIA. Tienes razon: de los dos
debe ser ese el anhelo!...
¡abrázame!

EDUARD. Adios.

SANTIA. Adios,
¡y que nos proteja el cielo!
(*Se arrojan los dos por las ventanas. Se oye chocar el cuerpo de Eduardo con el agua y el de Santiago con la nieve y los peñascos.*)

ESCENA VII.

DON DIMAS.

(*La puerta del fondo cae destrozada por una bala de cañon. Despues de una pequeña pausa entra por ella don Dimas precipitado, y sin sombrero: todo despavorido y descompuesto. Durante la escena anterior se habrán oido de cuando en cuando algunos cañonazos.*)

¡Santiago! ¡Maldicion! los han vendido!
¡ninguno me responde! Dios eterno,
¡inspírame valor!—Estoy rendido...
¡se burla de mi súplica el infierno!
¡Apenas puedo andar!—¡Noche espantosa!
¡Sangre do quiera!—Por do quier silbando
terrible el huracan, la lastimosa

voz de los moribundos sofocando!
—¡Cuadro infernal!—hasta la nueva aurora,
en esta casa encontraré seguro
asilo en el afan que me devora...
—¡Un cañonazo! ¡Se desploma el muro!
(Caen de un lado y de otro pedazos de pared.)
¡Demoliéndola están!—¡Cielo inhumano!
—Ya que te empeñas, cumpliré mi suerte.
(Cojiendo el sable que habrá en la escena.)
Con esta arma que pones en mi mano
iré matando á recibir la muerte.
Arrójeme tu cólera divina
á donde encuentre á mi rival odioso,
satisfaga la rabia que me anima
y con su muerte moriré gozoso.
(Se desprende un trozo de la pared del fondo dejando interceptada la puerta. Don Dimas retrocede espantado.)
¡Ah! ¡la puerta! ¡Dios justo! y como llenas
la copa del dolor! como un valiente
no merezco morir, y me condenas
á sepultarme aqui cobardemente!
(Se arruina la casa completamente. Don Dimas queda aplastado debajo del tejado: se descubre el Puente de Luchana, la Ria y sus alrededores. Los dos ejércitos pelean encarnizadamente envueltos en una nube de humo, de nieve y de granizo, que arrastran los huracanes con violencia. Se verá á Eduardo y á Santiago á cada uno entre los suyos, y el alto de banderas á lo lejos, desde donde hará fuego la artillería.—Cuadro.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Ruinas de un reducto situado en el campo de batalla, al pié de una de las montañas mas inmediatas á Bilbao. —Los cañones están completamente inutilizados y medio enterrados en la nieve. Por todas partes se verán despojos del combate. Eduardo estará sentado en uno de los cañones, sostenido por Santiago. Maria á sus piés arrodillada, estrechándole las manos con cariño. El padre Gabriel encima de una peña mirando al valle. Empieza á declinar la noche. Se oye el toque de diana en las montañas vecinas. Espesas nieblas cubren el fondo del teatro.

ESCENA PRIMERA.

Maria.—Gabriel.—Eduardo.—Santiago.

Gabr. En buen hora, horrible noche,
vayas á tender sañuda
sobre otras lejanas tierras
tus sombrías vestiduras!
Huye con tus tempestades,
con tus conjeladas lluvias,
con tus vientos bramadores
y tus misteriosas brumas.
Déjale paso á la aurora
que el dia sereno anuncia,
y que cual íris de paz
hoy mi corazon saluda!
¡Con cuánta ansiedad anhelo
que viertas tu lumbre pura
sobre este espantoso cuadro
que la oscuridad enluta!
Mas ¡ay! acaso será

mejor que las nieblas cubran
las erizadas montañas
de tantos valientes tumba,
porque brillarán tus rayos
de un mar de sangre en la espuma!

MARIA. (*Llorando.*)
Pero mi padre no viene!

SANTIA. El llanto estéril enjuga;
aumentas nuestros dolores
con tu incesante amargura.

MARIA. (*Mirando á Eduardo y alzando los ojos al cielo.*)
¡No le abandones Señor!

SANTIA. (*Al padre Gabriel.*)
¿No llega?

GABR. Aun no se escucha
rumor.

MARIA. Si no llega á tiempo...

SANTIA. Aunque la herida es profunda,
no es mortal.

MARIA. El cielo te oiga!
(*Eduardo dá señales de volver en sí.*)

SANTIA. Incorporarse procura,

EDUARD. ¿Adonde estoy?...

SANTIA. Nada temas.

EDUARD. Mi imaginacion se ofusca...

MARIA. ¡Cálmate por Dios, Eduardo!

EDUARD. Sí, conozco la voz suya...
ha resonado en mi oido
como una lejana música.
Eres un ángel que viene
á conducirme á la altura,
ó la imágen adorada
de la que no olvido nunca?

GABR. (*A Santiago y á Maria.*)
La fiebre le está abrasando.

MARIA. (*A Eduardo.*)
Desvanézcanse tus dudas:
no abrigues ningun recelo.
Maria es la que te busca,
la que tus manos estrecha
con afanosa ternura!

EDUARD. Oh! Gracias, Dios mio, gracias:
por fin mi razon alumbras...

¿Pero adónde nos hallamos?...
el silencio nos circunda...
las tinieblas se disipan...
(Con la mayor ansiedad y como recordando.)
¿Quién ha vencido en la lucha?
Santiago! ¿Nada respondes?

SANTIA. *(Aparte.)*
Me asesina su pregunta.

MARIA. Mira el alto de Banderas,
en él tremolan las tuyas!

EDUARD. ¡Será verdad!

SANTIA. Nos vencísteis;
pero no pienses que en fuga
cobarde huyeron los mios
de sus muradas alturas,
ni que el triunfo que lograis
de triste baldon nos cubra.
—Todos alarde hemos hecho
de temeraria bravura.
Todos cual buenos lidiamos
con mas ó menos fortuna!
Si unos la victoria cantan
y otros por su desventura
se alejan de estos baluartes
regados con sangre suya,
misterios del cielo son,
no de nosotros la culpa!

GABR. Todos por desgracia fieros
blandisteis el arma ruda,
y todos buscando gloria
en la oscuridad profunda,
sembrado habeis de cadáveres
esta soledad inculta.
¿De qué al vencedor le sirve
que aquí sus pendones luzcan,
si al pregonar la victoria
que su heroicidad encumbra,
de sus valientes hermanos
pregona la suerte dura?
Vencedores y vencidos,
tuvísteis la misma cuna.
Dejad que la España llore
de sus hijos la locura.

EDUARD. ¡Qué noche tan horrorosa!
guardo una idea confusa.
Ya recuerdo... á este reducto
salté yo el primero...

SANTIA. Y una
bala perder el sentido
te hizo cuando con segura
mano ese cañon clavaste.
—Propicia la suerte tuya,
hizo que cerca de aquí
me hallase...

MARIA. Con ánsia suma
al campo mi padre y yo
vinimos á la confusa
luz del alba, suponiéndoos
muertos en las iras crudas
de la batalla.

GABR. *(Mirando hácia el fondo.)*
Aquí está,
amigos, no tengo duda:
entre las nieblas diviso
su venerable figura.

MARIA. ¿Viene solo?

GABR. ¡Sí, ya llega!

EDUARD. La mano de Dios nos junta
en estos helados páramos
donde busqué sepultura.

ESCENA II.

Dichos.—ANSELMO.

ANSEL. ¡No lograron conseguir
nada los esfuerzos mios!
Nadie de estos caserios
puede á salvarle venir.

MARIA. ¡Ah!

SANTIA. Desangrándose está,
y por momentos la herida
con peligro de su vida

haciéndose grave vá.

EDUARD. ¡Llevadme á Bilbao, llevadme
de cualquier modo que sea,
que nadie mi infamia crea,
que me vindique dejadme!
Tal vez piensan con horror
que lejos de estas fronteras,
estoy siendo á mis banderas
por dos veces desertor.

ANSEL. ¡Tan infamante delito
pueden sospechar en tí!

EDUARD. ¡Si no puedo estar allí
hoy, á nadie necesito!

GABR. Calma...

EDUARD. ¡Me alisté soldado
por venir á combatir
por Bilbao, y confundir
á los que me han calumniado!
¡Quiero en el triunfo gozar
de la poblacion contenta,
grande como fué la afrenta
satisfaccion alcanzar!

GABR. Desecha las negras penas
que te están atormentando,
quizá te están esperando
horas dulces y serenas.

ANSEL. Sí, de tu honradez en pago
y viendo tu bizarría,
yo de entregarte á María
solemne promesa te hago.

EDUARD. *(Con alegría.)*
¡Ah!

GABR. Gente se acerca aquí.

SANTIA. Ya llega.

GABR. *(Aparte mirando á Santiago.)*
¡Desventurado!

EDUARD. *(A Santiago.)*
¿Me dejas?

SANTIA. ¿Has olvidado
que vuestro adversario fuí?
—Adios, el nombre de hermano
que te dí por vez primera
en Luchana, te reitera

mi cariño: esta es mi mano.
(Dándosela.)
Podemos estar unidos
aunque en campos diferentes:
estréchala; los valientes
son de todos los partidos.

EDUARD. ¡Es verdad!

SANTIA. ¡Padre!... ¡María!
Adios tambien. El deber
á mi ejército volver
me manda.—Tal vez un dia
cansados de batallar,
digamos de varios modos:
—»¡Somos españoles todos,
volvámonos á abrazar!»
(Abraza á su padre, estrecha las manos de María y del padre Gabriel, y se vá por la izquierda, perdiéndose entre las peñas.)

ESCENA III.

Dichos, menos SANTIAGO.—FERMIN, *saliendo precipitadamente.*

FERMIN. ¡Al fin le encontré! ¡Amo mio!

EDUARD. ¡Fermin! ¿Vienes de Bilbao?

FERMIN. Dentro de poco estarán
sus salvadores entrando
en él...

EDUARD. Y de mí, qué dicen?

FERMIN. Que es usted el mas bizarro
militar que háy en el mundo.

EDUARD. ¿No me engañas?

FERMIN. ¡Voto al chápiro!
—Todos estaban de usted
la falsa muerte llorando,
cuando yo la desmentí,
diciendo:—»Cayó á mi lado
herido; sé donde está:
no se muere nunca mi amo.

Marchemos por él!» ¡Y soy
el primero que ha llegado!

EDUARD. ¡Buen Fermin!

GABR. (*A Eduardo.*)
¿Ves como el cielo
pone tu inocencia en claro?

FERMIN. ¡Ya he recibido el bautismo
de sangre, y estoy deseando
solo porque usted me vea
que se arme otro zafarrancho!
—¡No puede usté imaginarse
la gente que yo he matado!
Y eso que cuando empezó
la accion estaba temblando.
—¿Mas quién puede sér cobarde
al lado de tantos bravos?
—¿Quién no se enardece al ver
su general á caballo,
como el génio de la guerra
el triunfo tras sí llevando?
¿Quién al distinguir su voz
resonando en el espacio,
la del viento, y los cañones,
belicosa dominando,
no desafía las balas
los vientos y los nublados!...
Por mi parte, sé decir
que cuando le ví cercado
de enemigos, su peligro
sin inquietarle, gritamos:
«¡Que viva Isabel II!
¡La pátria os está mirando!
¡Viva la libertad!» ¡Viva!
sin poder yo remediarlo
esclamé, y viva tambien
el General, y tornado
en un tigre, fui tras él,
¡viva Espartero! clamando
cien veces, y á cada viva
dejando un muerto en el campo!

ESCENA IV.

Dichos.—ANDRES, *con un tambor.*

ANDRES. *(Gritando al salir.)*
¡Por la izquierda, mi teniente!
¡No ha muerto!
(A Andrés y á los demas con la mayor alegria.)
¡Aquí estamos todos!
—Déjame verle, Fermin.
GABR. ¡Andrés!
ANDRES. *(Reconociéndole.)*
¡Ah!
GABR. ¿Qué es eso? ¿Cómo
es que asi te encuentro?
ANDRES. ¿Yo?...
GABR. Pues...
ANDRES. Yo... Sí; ya entiendo... Solo
me encontraba en casa, cuando
la registraron los otros.
Huyendo, cojí el tambor,
(Señalando el tambor.)
me atraparon... y un demonio
de soldadote, á cachetes
me hizo seguirle; gozoso
por librarme de sus garras,
me pasé anoche, y...
GABR. Supongo
que conmigo te vendrás
ahora...
ANDRES. Cuanto mas pronto,
mejor; asi como asi
ya he visto bien que no es oro
lo que reluce, y me vuelvo
á mi iglesia y mis responsos;
me marcharé con usted,
que usted vale mas que todos.

ESCENA V.

Dichos.—OFICIAL 1.º—*Varios Oficiales, un piquete de soldados que prepararán una camilla de campaña.*

OFIC. 1.º Aquí está, amigos, lleguemos:
los dolores de su herida
felices disiparemos.
La lid respetó su vida,
para que en él nos miremos.
(Acercándose á Eduardo.)
¡Alza la gloriosa frente!
¡Que el mundo entero la vea!
(Señalando el sable que estará á los piés de Eduardo.)
Esa es el arma valiente
que anoche cual rayo ardiente
se mostraba en la pelea!
(A Eduardo.)
¡Alzala, si es que aun aliento
te ha dejado la victoria,
y ven, feliz y contento,
á oir pregonar al viento
los aplausos de tu gloria!
(Desde este momento empezará á escucharse el rumor de los vivas, de las músicas y de las campanas de Bilbao. Las nieblas van desapareciendo completamente.)
—¡Salud! ¡Salud al campeon
que á su ardor no hallando valla,
con sereno corazon
plantó sobre esta muralla
(Señalando la del reducto.)
el liberal pabellon!
—Todos tu nombre aclamando
con ánsia esperan que tornes,
y antes, tu esfuerzo premiando,
quieren que tu pecho adornes
con la cruz de San Fernando.

¡Venturoso mensajero
de mi General he sido,
en su nombre la he traido!
(*Dándole una cruz.*)
¡Pague ella, noble guerrero,
la sangre fiel que has vertido!

EDUARD. (*Besando la cruz, que Maria le colocará en el pecho.*)
¡Indigno soy de llevarla!
¡Pero es tal la dicha mia
con mis lábios al tocarla,
que antes la vida daria
que de este sitio arrancarla!

FERMIN. ¿Y á dónde estará mejor
que en ese pecho valiente?
¡Fuera modestia, señor!
¡La lleva usted dignamente!
(*A Anselmo y á los oficiales.*)
De la gresca entre el horror
junto al intrépido Armero,
Jurado y Ulivarrena,
ensangrentado el acero,
furioso como una hiena
saltó en el puente el primero.
Con empeño sin igual,
como alma que lleva el diablo,
envuelto en el vendabal,
por el cerro de San Pablo
trepó con el General!
Sin ver la carniceria
de aquella contienda fiera,
paso su arrojo se abria,
sirviéndoles de escalera
el que delante caia.
Sobre la cumbre los dos
de fuego y nieve cercados,
parecian, ¡voto á brios!
demonios desesperados
que luchaban contra Dios.
La voz de la tempestad
y los ayes sofocando,
iban en la oscuridad
frenéticos victoreando

á la santa libertad.
Y entre horrenda griteria,
y entre balas á millares,
detras la tropa subia;
ensordeciendo los mares
el viva que repetia!
De cornetas y tambores
la mezclada confusion,
de los bravos lidiadores,
despierta en el corazon
los instintos matadores:
peñas, zanjas, baluartes
salvan cual débiles vallas;
por incomprensibles artes,
el genio de las batallas
los conduce á todas partes;
mas y mas les acalora
de sangre el caliente vaho:
y cuando brilla la aurora,
su enseña está vencedora,
y libertada Bilbao!

OFIC. 1.º Como nunca se presenta
del alba á los resplandores,
que mas hermosa se ostenta
para ahuyentar los vapores
de la pasada tormenta!
Ya no es el eco espantoso
del cañon el que suspende
su apetecido reposo:
libre su pendon glorioso
sobre los montes estiende!
Sus valientes moradores
á las ruinas se abalanzan,
sin congojas ni temores,
y gritos de gozo lanzan
al ver sus libertadores!
Sus bellas hijas ufanas
agitan blancos pañuelos
en balcones y ventanas,
y gracias dan á los cielos
al rumor de las campanas!
¡Ya nadie tiene rencor!
Se concluyó la agonia;

en todos en este dia
desaparece el dolor!...
¡Y es justo por vida mia!
A nublar nuestros contentos
ni el mismo cielo se atreve,
y con piadosos intentos
tiende una alfombra de nieve
sobre los campos sangrientos!
(Se oye clara y distintamente el himno de Espartero: á su compás se ve entrar el ejército en Bilbao, se oyen vivas y aclamaciones. La luz del dia brillará en todo su esplendor alumbrando la Ria y la poblacion, de suerte que se vayan viendo claramente segun lo indican los versos.)

OFIC. 1.º Oid la marcha guerrera
que pregona la victoria!
Bilbao! Bilbao nos espera!
(A Eduardo.)
Ven en triunfante carrera
á disfrutar de su gloria!

EDUARD. Sí, sí, llevadme!... Maria,
¿ves cuánta felicidad?

GABR. De Dios la eterna bondad
olvidarte no podia
despues de tanta ansiedad!

MARIA. Al fin oyó mis clamores!
desde esta hora apetecida
sin zozobra ni temores,
resbalará nuestra vida
por una senda de flores!

ANSEL. Lo merece!

MARIA. Sí.

FERMIN. *(Al oficial.)* Un favor!

OFIC. 1.º Dí cuál es.

FERMIN. Que como es justo
conduzca yo á mi señor.

ANDRES. Por última vez de gusto
voy á romper el tambor!
(Al ir á ponerse en marcha, Eduardo les indica que se detengan.)

EDUARD. Esperad, saludemos los despojos
que de los nuestros la discordia insana

exánimes presenta ante los ojos!
Dormid en paz: la enseña soberana
de libertad sobre los montes rojos
flota ya!... Vencedores de Luchana!
Para vosotros guardará la historia,
lauro inmortal de inmarcesible gloria!

GABR. Yo os saludo tambien, yertos despojos!
Víctimas sois de la ambicion humana
que anima vuestros bélicos arrojos!
De Dios la omnipotencia soberana
reciba vuestras almas sin enojos!
Vencidos, vencedores de Luchana!...
Al separarse del mundano suelo,
juntas y hermanas volarán al cielo!

FERMIN. Acabe de una vez la lucha impia
en el suelo español. Se alza jigante
la libertad de nuevo en este dia!
El brazo de *Espartero*, nuevo Atlante
por siempre derrocó la tirania!
De sus iras al ímpetu arrogante
de los pueblos quebranta la coyunda;
el trono afirma de Isabel Segunda!
Tranquilos descansemos en su gloria
y en su leal corazon! Si un tiempo llega
en que manchar intenten nuestra historia,
y al despotismo el crímen nos entrega,
la espada de Luchana, á la victoria
volverá á conducirnos... Con fé ciega,
de *Espartero*, á la voz omnipotente
libres nos alzaremos nuevamente!

FIN DEL DRAMA.

EN UN ACTO.

El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifnoso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA

Albacete. . .	D. Nicolás Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Córdoba . . .	Joaquin Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Francisco Borja.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernández.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja. . . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado
Lugo. . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hueb a.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	José Aguirre.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.